



*La
magia
del
amor*

Laura Ponce

La magia del amor

Laura Ponce

Autor: LAURA PONCE 2018

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Cap.1

Mantener el contacto con la realidad era su mayor reto diario. Las alucinaciones estaban ahí como si fueran un feo tatuaje en la piel de sus días. Era un fastidio ser perseguida por la mujer de la cara triste. Ya no sentía el deseo de preguntarle qué le pasaba desde que su médico le dijo que era parte de su enfermedad. Al menos no se sentiría sola nunca con toda esa gente que la visitaba en su habitación. Gente con cara espeluznante en busca de ayuda. Hablar con ellos era dejarse vencer por la patología de su condición. Ya le bastaba con distinguir que era real. Su madre era real lo supo porque era la única que la abrazaba fuerte y le hablaba al oído.

—Abby, Abby...ya te serví el desayuno —indica su madre con el alma deshecha de verla ida.

—¿Alguna vez seré una persona normal? —dijo mirando a su madre a los ojos.

—Ya eres una persona normal. Es solo que tienes que esforzarte más que cualquiera para no confundirte —dijo sirviéndole un chocolate caliente en la taza.

—Estoy cansada de esto. Ni siquiera puedo ir a la universidad sin toparme con imágenes terrible. Lo único que me indica que es una alucinación es el frío. Siento mucho frío cada vez que las visiones se acercan —dijo apretando fuerte la mano de su madre.

Doña Iris Miranda destrozada por ver a su hija en ese eterno trance, se le ocurrió visitar a Hada Smith, ya no le bastaba con la opinión de Dr. Jones. Él insistió demasiado en darle litio y otros medicamentos que consideró ser tóxicos para un cuerpo tan joven. Abby acababa de entrar al primer año de universidad y era tan poco lo que podía hacer como estudiante al ver todos esos espíritus al lado de las personas e impulsándolos a actuar de forma errática. Como en el caso que vio en el pasillo de la cafetería donde juró ver a dos demonios combatiendo a través de dos chicos que se enredaron a los puños. Demonios desnudos y de apariencia de fuego, usaban a los humanos como si fueran personajes de video juegos. Era el equivalente del Mortal Combat espiritual y reían dando brincos por las paredes y desapareciendo tan pronto los chicos se separaron.

—¡Te gané eres un imbécil! —le gritaba un demonio al otro.

—¡Quiero la revancha! Admito que estuviste genial —dijo el ser vencido desapareciendo por el reino de las paredes del recinto universitario.

Todo coincidía que Abby no era una mera paciente mental. Era real su espanto y también sus visiones. Doña Iris no iba a conformarse con intoxicar a su única hija con píldoras que la hacían inútil. La vistió como pudo y la sacó de la cama esa noche porque ya no soportaba oírla gritar de espanto cada

vez que alguna de esas alucinaciones le brincaba encima enterrándole las uñas.

—Hija, tú no estás loca, solo necesitas otro tipo de ayuda —Iris tocó la puerta de aquella casa espantosa de Hada Smith quien la recibió con la mirada petrificada viendo a la Abby como si ya supiera todo sobre ella.

—¡Adelante! —dijo con la voz endurecida.

Tan pronto Abby puso un pie en la casa sintió un alivio cuando Hada Smith la empujó a un círculo de sala y agua bendita. La chica cayó de bruces y sonrió al sentirse liviana.

—¿Cómo lo hizo? —dijo riendo y poniéndose de pie. Observó que todas esas imágenes quedaron plantadas al otro lado y desaparecieron al instante.

—No estás loca Abby, solo eres un canal y tienes que aprender a abrir y cerrar tu frecuencia —dijo Hada Smith sonriendo y mostrándole extraño collar que pendía de su cuello.

—Entremos al círculo —tomó a doña Iris de la mano y al entrar pudo sentir un viento refrescante que las hizo maravillarse.

—Abby, no eres la única. Yo también soy un canal. Necesitas entrenarte para que puedas tener una vida plena. De lo contrario, vivirás en hospitales psiquiátricos este mundo aún no sabe de paralelismos

dimensionales ni de fuentes energéticas. No es brujería, eso solo que somos espíritus avanzados. No eres como el resto de las muchachas de tu edad. Eres una canalizadora y tienes la capacidad de ver más que otros y hasta de recibir mensajes. Eres como una computadora. ¿Me entiendes?

—Aún no tanto, pero usted me ha dado la sensación de sentirme libre por primera vez en diez y ocho años —dijo abrazando a Hada Smith.

—Si tu madre lo consisten, puedo ser tu guía —dijo tomándole la mano a ambas.

—¡Ayude a mi hija! Hago lo que seas porque se libre de sus pesadillas.

El entrenamiento por el mundo mágico consistió en abrir y cerrar los sentidos. No era un juego de varas mágicas sino algo más científico de lo que supuso. Ser un ser humano de avanzada no le podría limitar en su vida diaria. Ya a los veinte cinco años pudo graduarse de sus clases privadas y hacer su carrera de artista gráfico sin más por menores. Hada Smith le enseñó a abrir y cerrar las puertas de sus sentidos y le dio las consolas para controlar su talento nato. Bastaba con detectar las señales de la cercanía de los desencarnados para entrar en contacto organizado con ellos y brindarles ayuda sin que convirtieran su vida en un infierno.

—Abby, a tu vida llegaron jóvenes como tú. Debes ayudarlos cuando

ocurra. El conocimiento hay que compartirlo y debes servirle a la luz siempre por más tentador que sean las sombras —sellaron el juramento en un ritual con gotas de su propia sangre.

Los rituales eran solo para grabar recuerdos y no actos necesarios para cumplir con una orden. Las batas, pócimas y demás instrumentos eran como un disfraz de Halloween y era divertido para ambas. No había sextas ni religiones capaces de definir a los espíritus avanzados. Abby estaba agradecida con Hada Smith y su madre no dejaba de agradecer todo lo que había hecho por su hija.

Al transcurrir el tiempo Abby se dedicó a leerle las cartas del tarot a la gente, solo para justificar lo que los espíritus protectores de cada uno de sus clientes les deseaba decir. Era más sencillo tomar los naipes en la mano que decirles sobre la madre, padre, abuela, hermana, hermano o pareja fallecida debía decirle sobre el pasado, presente y futuro. Su fama se fue proliferando se dedicó de lleno a hacer consultas espirituales.

Gozó de tal prestigio que nunca su consultorio se vació. Predecía desde asuntos individuales, hasta internacionales, a tal punto, que una cita con ella empezó a darle para vivir como una mujer de poder. Su madre se ocupó de organizarle a los consultantes y era su mano derecha en todo.

Las mañanas eran dedicada a comprar rosas blancas, inciensos y de

todas las parafernalias que alimentaran la imaginación de la gente. Ya sabía que no era necesario, pero creaba una escenografía que le daba la ilusión de ser una bruja en esencia. Siempre leía el destino de los demás, pero en esos momentos sintió curiosidad de saber qué le deparará el destino. Se hizo por primera vez una auto consulta del tarot. Hizo su canalización de energía y lanzó sobre el tapete blanco de su mesa el primer naipe, con la sorpresa de que salió en blanco. Impresionada por la baraja. La dejó al descubierto y lanzó otra. Al mirar que también salió en blanco, volteó todo el puñado de carta boca arriba y vio el diseño de todas, incluyendo la que presuntamente estaba ausente de imagen. Se puso la mano en el pecho por la impresión. Volvió a barajar y puso los naipes en un solo paquete. Volvió a la tirada y carta, tras cartas todas salieron en blanco le causó tal impresión que tiró el paquete sobre la mesa y se puso en pie con azoro.

Preocupada de suponer otra alucinación salió de su consultorio y fue por un vaso de agua que tomó del grifo de su pequeña cocina en área de descanso del local. Su madre atendía el teléfono. No quiso hablarle el tema de inmediato por temor a confirmar una recaída psiquiátrica.

Volvió al cuarto de consultas y encendió una vela para abrir sus sentidos. Hizo la tirada y un naipe sobre otro, las cartas le salieron en blanco. Al recogerlas y voltearlas los dibujos estaba ahí, pero no cuando ella deseaba consultar de su propio destino. ¿Tendría destino? Se asustó con el hecho,

pero no le fue con la noticia a su madre. Quiso mejor olvidarlo y concentrarse en sus clientes que ya iban llegando.

Gerald, estaba dictando su conferencia sobre parasicología en la universidad. Era muy arriado explicando a la clase sobre los poderes de la mente humana, pero sus alumnos no paraban de reír y comentar entre sí. Estaba incómodo con las impertinencias de esa generación absurda que se le ponía de frente. Demasiado escépticos como para entender que no era cuestión de magia, sino de percepción de la realidad. Ya la clase concluía y él sintió un alivio al mirar su reloj para despachar a esa generación de ineptos que pretendía sostenerse de las creencias populistas para dirigir sus vidas. No estaba en ánimos de discutir el credo de nadie. Era del todo inútil y después de todo, ser catedrático de la universidad le daba para pagar sus cuentas. El compromiso de cambiar el credo ajeno no estaba en las descripciones de su trabajo. Los despachó, tomó sus libros y maletín para salir del aula rumbo a su despacho a dos cuadras cerca de Abby. Ahora sí pensaba que iba a tener suerte en coincidir con ella en el café. Las relaciones interpersonales, no le resultaba sencillas. Ella era muy hermética en escoger la esquina de siempre y perderse con su celular a perderse por las páginas del mundo virtual.

Ya sabía de su prestigio para atender asuntos espirituales. De lejos era una mujer normal, pero de gusto por las faldas largas y botas que iban en

contradicción con la moda de sus contemporáneas. Le llamaba la atención sus pulseras y collares de cuarzo como si su propio cuello fuera un árbol de Navidad. Esa tarde Gerald ya supuso debía tomar la iniciativa de acercarse. Ella nunca levantaba los ojos para mirar a su alrededor y él comenzaba a sentirse como un figón.

A Gerald le resultaba inconcebible encontrar el tiempo oportuno de estrecharle la mano y dado a las múltiples ocasiones que salía en televisión con sus naipes, un autógrafo. A la hora espera llegó con el paso turbado y solicitando un café de emergencia. Estaba revuelta y ellos dos eran los únicos en toda la cafetería. Era pertinente levantarse y dirigirle la palabra, pero una fuerza externa lo dejó petrificado mirando sus apuntes sin siquiera levantar la mirada para tropezar con la de ella. Esa timidez Gerald la maldijo, tan fácil que se le hacía hablarle a un auditorio y tan difícil que le resultó dirigirse a ella con total naturalidad. Esta vez Abby lo notó y lo miró sin simpatía al ser servida con la taza de café solicitada. Gerald se aprendió de memoria el cono de energía paralela que estaba dibujado en una de las hojas de sus anotaciones. Su voz interior le estaba gritando que se acercara a ella, pero él se mantuvo en su estado de concentración eterna sin poder si quiera avisparse y actuar con soltura. Hasta que milagrosamente se fijó ella estaba frente a una taza de café sin azúcar y la azúcar la tenía él en su mesa. Ella miraba a ambos lados procurando el envase y fue el momento perfecto para levantar el perol

azucarado y sonreír sin despegar las nalgas de la silla. Gerald sintió que su semblante se manchaba de rubor al verla ponerse de pie rumbo a la mesa.

—Gracias señor —dijo caminando hacía él mientras Gerald sentía que se desmayaría del susto al ver esa hermosura caminando hacía él. Tanto así que su mano se cerró y forcejeó la entrega del azucarero. Abby hasta forcejeó con él y no pudo evitar la sorpresa.

—De nada, pero ese café suyo está muy lejos —dijo apoderándose del envase.

Para acabar de martirizarlo ella sonrió abiertamente y lo miró a los ojos para sentir que algo en ese preciso momento había cambiado su vida para siempre.

Gerald al fin se puso de pie con el frasco de azúcar bajo el brazo, tomó su libreta y maletín y se sentó en la mesa donde yacía su café. Abby sonrió por la originalidad y caminó conforme a la mesa donde él ya se había acomodado y le extendió la mano.

—¡Ya era hora de conocernos! Yo soy el doctor Gerald Simone doy clase en la universidad a dos cuadras.

—Ya lo había visto aquí, creo que usted me ha quitado mi esquina favorita en varias ocasiones —dijo Abby mientras él servía las dos cucharitas y media que ella le echaba a su café por costumbre. Le impresionó que lo

revolviera contra las manecillas del reloj con el mismo ritmo de su movimiento inconsciente de cada mañana mientras estaba despistada mirando el celular.

— ¡Creo que me quedó bien! Pruebe si está bien así.

Abby se ruborizó al tropezar con sus ojos y ver ese color ámbar cautivador en su retina y sin saber exactamente cómo procesar ese momento con total soltura. Estaba fascinada con la compañía y si era honesta consigo misma, era la primera vez que un hombre era tan original en su acercamiento. Probó el café y admitió que era como si lo hubiese endulzado ella misma.

—Lamento haberle quitado esa esquina, es que también es mi favorita.

Entonces, al ser tan engreídos con la esquina favorita, no tardaron en volver a ella casi al unísono y sin necesidad de sugerirlo. Fue gracioso para ambos con solo una mirada confirmar el deseo de volver a ese rincón del planeta.

Hablaron toda la mañana y comieron croquetas de jamón sin perderle pistas al tema. La conversación fue estelar como si el yin y el yang hubiesen encajado a la perfección. Temas de ancestros, alienígenas, energía, conexión y cosmos desfilaban en el menú de la conversación. Él entraba a una clase a las una de la tarde y ella tenía una consulta citada a esa hora.

Gerald le urgió la fórmula para detener el tiempo al lado de Abby, era

fascinante sentirse tan cómodo con ella, y a su vez, pasarla tan exquisito con esa voz dulce y ese gesto de interés total a su conversación. En ese momento, al profesor Simone, le pareció que el universo era un buen lugar para vivir después de todo.

Ella se retiró de la mesa y como los intelectuales de su especie, a él no se le ocurrió sugerir volverse a ver ni preguntarle el teléfono. Por fortuna alzó su vista por la vitrina y vio que el consultorio tenía publicado su número y lo anotó como si el rótulo pudiera ser arrebatado por el viento. Gerald se impresionó de sí mismo al suponer que también tenía la capacidad de ser espontáneo. Se sintió orgulloso de sí mismo, ya tenía su número. Era probable que mañana lo volvería a ver a la misma hora, porque los dos eran clientes fijos del lugar.

A la medianoche Abby volvió a consultar las cartas para obtener el mismo resultado de naipes en blanco. Una angustia irracional se apoderó de ella, su madre dormía profundo y solo en ese momento se sintió cómoda de contarle sobre el raro comportamiento de las cartas. Las tenía en las manos y al estar frente a su madre, las imágenes de sus naipes. No quiso perturbarle el sueño, más bien puso el paquete de cartas del tarot en su bolsillo y la arropó como doña Iris acostumbraba hacer con ella desde su primer recuerdo de niña.

Cerró la puerta tras de sí, volvió a poner sus manos en el bolsillo y se impresionó al ver el número del profesor Simone en un pedazo de papel con una letra que no era la suya. No recordó el intercambio de números, pero sí se acordó de sus deslumbrantes ojos ámbar y sonrió.

Al entrar a la alcoba se acostó en la cama y la puerta del armario se abrió sola, dejando caer una caja al suelo. Abby se sentó con miedo y al asomarse, se estremeció de escalofríos. Una bola de cristal rodó hasta ella. No le pasó algo semejante desde que entró a la tutela de Hada Smith, se supone que se tratase solo de una casualidad y no un evento paranormal. Se levantó de la cama y tomó la caja y la bola de cristal en sus manos para ponerla en su lugar.

Al fijar la mirada en el cristal sintió vértigo, como si ella misma diera vueltas para desestabilizar sus pasos. La misma se encendió para regalarle una imagen tal y como si fuera un destello de una bombilla fundiéndose. Luego empezó a dar chispazos internos al cristal y se asustó al punto de dejarla caer sobre la alfombra. El susto se apoderó de ella, la bola rodó bajo la cama y no se sentía cómoda con la idea de buscarla. Más bien se metió bajo la cama con el mismo horror de cuando niña, pero con la diferencia de que la bola estaba allí y salió arrastrada hacia la otra esquina de la habitación. La bola rodó apagada hasta ella y el horror se le sembró en el rostro. Temerosa era fatal, ella sabía que el temor abría las compuertas del inframundo y tomó

fuerzas para asumir el llamado del objeto para focalizar en él y leer el mensaje. Eso era todo lo que debía hacer, pero estaba asombrada por el incidente. Miró el interior de la bola y vio los naipes en blanco en su interior y no supo cómo procesarlo. Interpretar la sensación de su cuerpo era casi pensar que no le quedaba mucho tiempo de vida. Supuso que el presagio era ese al no ver su propio futuro. Al mirar el reloj en la pared vio que eran las tres y cuarto de la madrugada, la hora en donde las frecuencias universales se filtraban a sus anchas. Se supo sin destino y sintió miedo a morir a pesar de ser ella misma una emisaria y anfitriona a la luz para las almas que emigraban a la nueva vida. ¿Quién la guiaría a ella? A penas había vivido lo suficiente, estaba terriblemente ocupada siempre con su negocio y no le había dado tiempo de vivir sus propias intensidades humanas.

Volvió a ver la imagen de los naipes en blanco y se le ocurrió buscar destino con carácter de urgencia. De estar en los últimos días de su vida, no se había dedicado a nada más que a estudiar y trabajar sin pausas. Si quiera había salido a dar un viaje y a conocer otra cosa que no sea su propio mundo interior. Un terror desgarrador la hizo odiar su propia muerte. La bola de cristal no se lo dijo, fueron sus temores los que la hicieron suponer lo desgarrador de verse a sí misma en un ataúd. Morir le resultó descabellado, necesitaba destino, quería un destello de mañana para que la emoción no se siguiera escapando de su rutina. Vacaciones, un encuentro con la vida real,

empaparse de vivencias y alimentar un álbum de fotografías que dieran evidencias de momentos hermosos vividos. Le dio sed de ir tras un destino así esa fuera su última semana de vida. Era ese el mensaje de los naipes y el de la bola de cristal. Así lo interpretó y se juró que haría algo para vivir una emoción antes de morir. Decirle a su madre sus hallazgos era ponerla demasiado nerviosa, iracunda y hostil. De cualquier manera, tendrías el resto de su vida para llorar sus vacíos. Predecir su propia muerte le fue descomunal y no pudo contener el llanto.

—¡A penas he vivido! No tengo hijos, nunca he ido a China, no tengo si quiera un novio que me sirva de viudo. No sé cómo puedo vivir estos últimos días. Si al menos supiera de qué voy a morir. No estoy enferma. ¡A lo mejor se trata de un accidente! —dijo hablando para sí en su habitación.

Se miró las líneas de las manos y trató de leer su propia palma para acordarse que la línea de la vida era frágil. Repasó su impresión de los ojos de Gerald Simone y le pareció descabellado entender que era el primer hombre que se sentaba con ella en la vida más allá de una consulta espiritual. No tenía una historia con nadie porque siempre estaba ocupada.

Al día siguiente, le dijo a su madre que era pertinente tomar unas vacaciones. A lo mejor para ambas. Ella debía darse un espacio para ir de compras, divertirse y relajarse de otra forma que no fuera trabajando. Su madre le pareció una gran noticia, también deseaba visitar a sus hermanas a

las afueras de la ciudad.

—¡Hija, creo que ambas merecemos hacer lo que queramos! —dijo doña Iris sin perder el tiempo de preparar sus maletas y las de su hija hasta ponerlas al pie de la puerta.

Al Abby ver todo aquello, la besó en la frente como era su costumbre cada mañana.

—Mamita, eres mi mano derecha desde mi primer recuerdo. Ve con mis tías y no te preocupes. Estaré bien, tengo veinte cinco años y puedo cuidarme.

Doña Iris no le pareció buena idea dejar a su pequeña a sus anchas por primera vez en su vida. Una cosa era dejarla ir al mercado, otra era dejarla sola por dos semanas. Le pareció extraño ir sin ella a algún sitio, pero Abby sabía que necesitaba prepararla para quitarle los apegos porque sería peor si su madre, aun joven para encontrar un compañero, se quedara en el punto cómodo de estar al pendiente de todo porque esa era su vida. Abby supo de que algún modo ambos fungían como obstáculos si continuaban en el círculo vicioso.

—¡Abby, pero las tías también querrán verte! —dijo apenada.

—Mami, pero les puedes enviar mis saludos. ¡Ven, diviértanse!

Así quedaron y su madre supuso que las vacaciones eran necesarias.

Cap. 2

Gerald la esperó en las escalinatas del café y estaba nervioso al volverla a ver. Era normal verla todos los días, pero esta vez quedó deslumbrado cuando la vio vestida con un traje corto a la rodilla y una bufanda gris que le bailaba con el viento. Ella no se lo esperaba de frente, pero reaccionó eufórica y con una rara disposición de cambiar de rutina.

—Gerald, ¿te gustaría caminar? ¡Te invito! —dijo con miedo a sufrir un desaire, pero no le importó pasarlo, ya que sería según sus cálculos era poco tiempo el que le quedaba en la Tierra.

Como si fuera una propuesta irresistible, Gerald aceptó complacido y su maletín le pareció un estorbo, pero lo sostuvo con firmeza.

—Ya di mis dos clases de la mañana mi auto está estacionado en la universidad, caminemos hasta él.

—¡Tremendo Gerald, hoy empiezo vacaciones!

—¿En serio?

—Son quizás las primeras vacaciones en la historia de toda mi carrera.

—¡Hoy es jueves! Espero que sepas que soy un poco desastroso con eso de la palabra diversión.

—Y yo...pero vamos a ver cómo nos sale —dijo Abby resuelta a ser

otra.

Cap. 2

Saberse condenada a la muerte, la hizo dar pasos largos por la acera como si le urgiera apresurarse a vivir. La incomodidad de saberse con los días contados, le dieron la sensación de querer escapar de sí misma. Luego verse al lado del profesor Gerald a quien siempre veía de lejos como alguien inalcanzable, también abonó a la soltura. Necesitaba hacer una historia con él de inmediato. Sacó su celular para hacerse selfis, era como si quisiera empapelar su propio funeral de momentos felices. Él soltó su libro, el cual tenía bajo el brazo como en espera del primer momento de ocio para leer un capítulo y la asistió en cada una de sus poses. El obelisco al fondo, la fuente agua, las aves en pleno acto de cacería de peces y el viento levando la hermosa cabellera dorada de la adivina quien era increíblemente cautivadora.

Gerald no sabía cómo disfrazar la ansiedad de estar paseando con una mujer tan vistosa como Abby Moura. Su mirada de niña asustadiza estaba presente y miraba a todos lados como si quisiera grabarse los paisajes del parque y los monumentos del horizonte, mientras buscaba otro ángulo para usar de trono natural para posar, y a cada paso, los sonidos de sus collares de platas sonaban como campanitas tupidas. Ese titilar melódico le daba el efecto mágico de estar colmada de encantos, y el embelesarse frente al lente, le daba el tiempo a Gerald para fijarse en que eras bella. Desde la pantalla del

celular apreció esas raras facciones de ojos profundo y sonrisa gruesa. Era una mujer hechicera en sentido literal y a pesar de ser un estudioso de fenómenos para normales, no podía encontrar respuestas a lo que su sola presencia lograba en él al punto de estar temblando y ruborizado. Algo en ella daba escalofríos y la dicha empezó instarlo a no dejarla ir de su vida.

Gerald se sintió orgulloso de haber salido de su círculo de comodidad y haberse atrevido a ser espontáneo por primera vez en la vida. Ciertamente venía de un matrimonio sólido que le duró diez años con una mujer mayor, pero lejos de acostumbrarse a la vida; organizada, rutinaria y sin novedades, no pudo salvar a su esposa de las garras de la muerte. Llevaba cinco años levantando sus ánimos de la pérdida. Cada vez que se rendía al recordarla, recaía en privarse de nuevos intentos.

Estar tanto tiempo en una misma relación, lo hizo perder las destrezas de don Juan. Alguna vez fue más vivaracho para acercarse al sexo opuesto sin sentir que hablarle a una mujer fuera hasta ofenderla con su sola presencia. Al analizar sobre sus antiguas osadías, supo que era cuando estaba más cerca de ser niño que hombre. En sus años juveniles brincaba verja y era un conversador sin pausa. Hablaba de los astros, la magia y los universos paralelos. Luego estudió hasta convertirse en catedrático de ciencias y antropología sin dejar atrás su pasión por los desencarnados.

Al morir su esposa, notó que la temperatura de su casa se puso fría y

cambió el olor del espacio. Antes imperaba la fragancia a pino y los libros estaban ordenados por orden de tamaño. Raquel era así, no entendía que los títulos debían organizarse por años, autores y temas e insistía en lo estético más allá de sapiencias.

La extraña cada día porque ya no tenía en su entorno sus detalles y su voz suave que le susurraba al oído lo mucho que lo amaba. Por un momento, durante la sesión de fotos, pensó que tenía Raquel de frente. Fue un destello de emoción que le fue muy perturbador al punto de que Abby notó cómo le cambió el semblante a uno nostálgico. Alguna vez paseó con Raquel por esos mismos paisajes, pero tomados de la mano y sin sentir la natural distancia de dos desconocidos que apenas comienzan a estrechar lazos.

—Gerald, te noto callado —dijo Abby recuperando su celular para ver las fotos una a una. No sea atrevía a sugerir sacar una foto de los dos por temor a sonarle apresurada.

La tarde trajo consigo un ocaso espectacular digno de postales románticas. Él mismo leyó en las nubes que llovería por los destellos grises encima de las antorchas naranjas, rosadas, violetas y azules en los tonos del cielo. Gerald no tardó en sacar su celular para posar junto a ella sonriendo y sin perder en el ángulo aquel efecto maravilloso. Sacó varias fotos, porque la contraluz del sol afectaba la imagen. Ninguna parecía espantar un destello fastidioso que se situaba a espaldas de ellos.

—Soy un pésimo fotógrafo —decía al no lograrlo del todo.

Entonces Abby activó su cámara y logró capturar ese momento en varios tiros de cámara y logró matizar la luz infernal que el sol lanzó frente al lente.

—Magistral, me pasas tus fotos que las puedo ajustar en mi laptop —dijo observando el destello extraño en sus propias imágenes al que no dio importancia.

En ese repentino silencio que nació entre ellos al mirar el lago en la orilla del parque, Abby agradeció a la vida no estar recluida en un hospital psiquiátrico como lo recomendó su antiguo doctor, el mismo que no creyó en su talento para conectarse con las ánimas.

Abby encontró difícil explicarle a Gerald en primera instancia el porqué de su soltería. A su juicio era demasiado pedirle a un hombre entender las visitas nocturnas y los rituales para balancear energías y mantener cerrada la compuerta de sus sensibilidades psíquicas.

Al iniciar el paseo Gerald fue tan medido que era complicado sacarle las palabras de la boca. Arraigado a sus pausas, rebuscó en sus pensamientos las sílabas por temor de aburrirla con sus temas obligados. Se esforzó por ser flexible y no tocar sus ciencias ficciones por tal de que Abby no pensase que entraría en debates con ella. Él resentía la brujería porque a todo le

encontraba explicación con la física terrestre y cuántica. Nada era un misterio, sino un eje de la propia ignorancia humana.

Abby tenía otro vocabulario traído de sus círculos de practicantes, la hermandad secreta de avanzados a la que pertenecía de la mano de Hada Smith, le enseñó a ver a sí misma como portal. La mujer de edad sexagenaria, no requería anuncio. Los videntes llegaban solos como almas en pena con pulso y una vida atormentada a sus manos, igual o peor de lo que Abby llegó al momento de salvarse en el cerrojo psíquico. Allí encontró a sus colegas del poder. Estudió rodeada de paz, junto a otros jóvenes que experimentaba sus mismas tormentas.

Abby sintió una arritmia cardíaca fuerte que luchó por nivelar delante de Gerald cuando al fin lo sintió más suelto en la conversación. Contenerse el sospechar su futuro cercano la hizo tropezar y caer al primer banco que vio vacío a paso apresurado. Gerald la socorrió consternado por su descarriamiento.

—¿Qué fue eso Abby? —dijo observando que el libro se le quedó en el pie de la fuente de agua.

—Nada realmente, pisé mal eso es todo.

—Pero estás pálida —dijo Gerald con evidente incomodidad al urgirle recuperar su libro.

—¡Ve por tu libro! —dijo Abby con una sonrisa para simular su repentino mareo.

—Quédate sentada, no tardo.

Al retirarse trotando para alcanzar su aparente tesoro de palabras al pie de la fuente. Abby sonrió a la mujer que estaba sentado en el banco de al frente.

—¿Está bien? —preguntó la desconocida al verla agitada en su respiración.

—Sí, es solo que necesito tomar una pausa. Venimos caminando y parece que es fatiga. No estoy acostumbrada a hacer ningún tipo de ejercicio.

—¿Es tu novio? —preguntó la mujer mirando a Gerald de lejos.

—No. Es solo un nuevo amigo que hice— Abby giró su cuello para liberarse de la repentina tensión que se le sembró en los músculos.

—Le gustas. Ningún hombre camina por un parque tan hermoso como este con una presunta amiga que acaba de conocer —dijo la mujer mirando a Gerald recuperar su libro.

—La verdad, hace tiempo que frecuentamos la misma cafetería. Estoy tan perdida en esos temas, que, si le intereso a alguien, no me doy cuenta.

La mujer ríó muy divertida.

—Fue un gusto hablar contigo, sigo con mi rutina de ejercicio. Solo ve un paso a la vez. Puede que nos veamos por ahí luego para que me digas qué tal les va —dijo la mujer tomando el ritmo de trote.

—Me gusta tu ropa de ejercicio —dijo Abby observándole la blanchura inmaculada de sus tenis, pantalones tu leotardo con extraños flecos de encajes que le daban juego al viento.

—Gracias, es como mi uniforme, mi esposo me lo regaló. Soy adicta al ejercicio y mantenerme en forma le da forma a una relación divina —dijo la mujer guiñando un ojo y tomando su camino.

Gerald camino a paso rápido hasta Abby y le maravilló verla más recompuesta.

—Como que te volvió el color.

—Sí, me siento mejor, es solo que debo habituarme a salir más y hasta ser más activa.

—¿De qué es tu libro? —dijo al ver los símbolos extraños en su portada y contraportada.

—Son solo apuntes. No tengo un lugar seguro para ellos, por eso prefiero andar con la bitácora a todos lados que voy.

—¿Es igual a un arma de reglamento? —dijo acariciando la carátula.

—Es igual a los pulmones, es el trabajo de investigación de mi vida —
Gerald trata disimuladamente de sacarle el libro de las manos.

La mujer pasó trotando frente a ellos y le sonrió a Abby con complicidad mientras seguía a todo vapor con su rutina de ejercicios.

—Pues ya que lo dejaste tirado en los pies de la fuente, analiza su realmente no sería mejor que lo guardases bajo llave en tu escritorio.

—No hay mejor lugar que en mis propias manos Abby

La velada transcurrió amena, a pesar de que Gerald le pareció excesivamente rígido. Al asomarse a la ventana de la casa aún seguía con la mano elevada desde auto para decirle adiós. Le resultó una aberración ver que apenas eran las siete de la noche y quiso casi deshacerse de ella para volver a su casa. Sin la promesa de verse nuevamente. El mismo Gerald lamentó su brutalidad al ver el reloj.

—A la verdad que soy bien tonto —se dijo a sí mismo al poner el motor en marcha.

La prisa por llegar al vacío de su casa lo desconcertó no dejó de reclamarse en voz alta de que eres un verdadero fracaso como cortejo y que necesitaba mejorar sus destrezas sociales. Él debió invitarla a comer y tener la capacidad de sostenerle una conversación sin ansiedad. La verdad es que le

resultó inconcebible su prisa por interrumpir la velada. De alguna manera sentía que era infiel con la memoria de Raquel. Era descabellado seguir encerrado en ese sentimiento. Era un hombre libre y al mirarse al espejo, notó que de ahora en adelante debía asumir una actitud menos conservadora. Se alborotó el pelo con las manos y se aflojó la corbata. Pasar la página de la historia de su vida con ella, era salir del luto para darse permiso a vivir. Estaba convencido de que fue torpe al dejarla al en su casa cuando una hora antes estaban caminando plácidamente. Sintió que le faltó soltura a su conversación. Necesitaba atreverse a deshacerse de su bitácora. ¿Qué te malo había dejarla bajo llave en el escritorio? Dejar esos pantalones de hilo a un lado para ponerse ropa más casual sin tener que andar de corbata todo el día. Eso se propuso y al abrir su armario, se encontró con un ropaje aburrido y calzado sobrio.

—No, no Gerald. Ahora mismo sales por ropa nueva que tienes dos horas para convertirte en un extrovertido. Tienes que salir de este caos de ratón de biblioteca.

Así hizo, aprovechó la noche para rejuvenecer. Blue jean, tenis, camisas con mensajes ordinarios de joven rebelde, gorra y asesorado por un adolescente homosexual que le cantó las verdades en la cara cada vez que salía del probador. Era una de sus mejores alumnos.

—Profesor, juro por todas las fuerzas universales que usted ha sido

poseído por Cupido. Al menos, yo soy su causalidad y ahora entendemos claramente para qué el universo nos puso en la vía de encuentro en esta existencia. Llévese esta camisa azul pluma y no se trepe los pantalones al ombligo. Que está de moda mostrar los interiores y caminar como si tuviera la columna vertebral ocupada por un reloj de péndulo. ¿Comprende? ¡La camisa no va por dentro! Eso es de niños y usted tiene que sacar a su bestia interior. ¿Cómo se llama la Julieta?

—No hay Julieta —dijo en tono bajo.

—No joda profe... ¿Es Cleopatra? ¿o acaso somos usted y yo del mismo bando?

—¡No...no! Nada en contra amigo —. Gerald pagó la compra de ropas y zapatos, pero su estudiante decidió hacerlo tomar asiento frente a los probadores para darle una repentina cátedra de moda, amor y liberación.

—Con la autoridad de haber tomado tres cursos con usted y haber sido un estudiante de máximo calibre, me toca a mí darle el curso y como soy tan buen profesor solo tardaré tres minutos.

—Sé que estoy fuera de moda. Lo supe hoy en la tarde, cuando me encontré frente a la mujer más enigmática...

—Silencio profe, que debe prestar atención. Las camisas no van por dentro. Deje el peinado con gel de moco de gorila, levante los hombros y

saque pecho al caminar. Si quiere ropa, aquí tiene mi tarjeta de asesor de imagen y no quiero que vuelva a usar zapatos de cocodrilo en lo que le quede de vida y menos con punta de puñal afilado. A la mujer objetivo de su mira, le va a gustar que se suelte y no le hable tanto de sus increíbles.

—¿Soltarme? Me sentí como una momia paseando por el parque. Estaba rígido, nervioso y esquivo.

—Falta de liberación testosteronita profe, ese lívido suyo puede estar atado a un panal de telarañas —dijo Elmer al poner su tarjeta de presentación en una de las bolsas.

—Gracias, pero no creo que poniéndome ropa de chiquillo rebelde logre sacarme la amargura de este viejo prematuro que me habita.

—Profe, usted es viudo. Su amargura es normal.

Gerald miró su dedo anular y aun la sombra blanca del anillo de bodas circundaba en el tronco inferior de su dedo. Había dejado de usar el aro a penas una semana atrás. Fue precisamente esa la señal para entender que debía salir de su caparazón de angustias. Lo estaba haciendo muy bien. Era de su entero conocimiento todo lo concerniente al duelo. Ya iba siendo tiempo de salir de esos desastres de desolación que lo tenía de las aulas a su jaula de recuerdo. Esa mujer juguetona y atrevida, ya no existía en su mismo plano. El sentido de la vida se le transmutó hasta el punto de que él mismo se

sintió como un duende delante de su tristeza. Solo el suponer volver a sentir otra emoción que no fuera el sentimiento de pérdida, lo puso en el territorio de la culpa. Raquel no volvería del viaje. Se decía así mismo cada vez que miraba por la ventana a ver si la veía con su sonrisa abierta de par en par corriendo hacía él. Fue feliz durante todos los años que estuvo junto a ella. Ella fue su eslabón con el sentido de la vida. Toda la casa perdió el toque y la logística de su ama para convertir los espacios en zona de hoyos negros donde hasta Gerald mismo se perdía.

Luego de perder en ese micro pensamiento que le pareció tan eteno como el amor que sentía a la difunta Raquel, tomó sus bolsas de compra y estrechó la mano de Elmer asegurándole que vendría por más una vez quisiera seguir con la aventura de deshacerse de su ropa negra. Eso se dispuso. Sobretudo el dejar de verse como un hombre sumergido en un mundo devastado.

Aún le sobraba Juventud, pero desperdiciar los días calculando la formula de la muerte en su bitácora, como si dentro del vientre de las ecuaciones estuviese la desdicha expresada y mal interpretada. Al rato sabía que eran garabatos y estaba harto de no saber por qué la mortalidad se encarga de desaparecerlo todo.

Salió del centro comercial con la certeza de haber dejado al hombre destruido frente al espejo del probador. Raquel lo entendería. Ya era hora de

vestir, pensar y vivir cosas distintas y hasta de fluir en otros brazos. Amar a su esposa se estaba convirtiendo en una demencia. Era irracional seguir revuelto en el sin sentido.

Tomó mucho ánimo y se propuso a poner de su parte. Era una locura proponerle a Abby salir a las 9:30 pm. Sintió que debía ser espontáneo por primera vez en mucho tiempo. Se le ocurrió llamarla con la certeza de que lo peor que podría pasar era escuchar la palabra no. Fue a su auto, soltó todos los paquetes y llamó a Abby con determinación. A medida que el timbre del celular daba repiques, su corazón latía fuerte como si se preparara a recibir un gran susto. Colgó, temió lucir idiota. Al cabo de diez segundos Abby le devolvió la llamada y respondió con serenidad.

—Sí —fue la salida que dio Abby —Me tomará diez minutos vestirme.

La expresión de Gerald fue de sorprendido a sonriente.

—¿Cómo sabes que te iba a invitar a una copa?

—¡Soy adivina Gerald! Espero no sea demasiado reto para ti.

Gerald lanzó una carcajada amplia como adolescente que ve un truco de magia sin saber si llamarlo milagro. Mantuvo su pausa con deseos de decir algo para librarse del repentino silencio.

—Entiende que estoy fuera de práctica y círculos sociales, pero sé de vinos y creo que hasta de un club donde ponen música adecuada para poder

conversar sin gritar —dijo Gerald pasando el susto de una negativa.

—¿Eso sí que no podría adivinarlo? Nunca salgo a lugares así, pero hoy es un buen día para desafiar al destino.

—Es el club 0470, tiene una privilegiada vista al mar y unos balcones alineados a Orión que puede resultarte interesante. ¿En serio estarás lista en diez minutos? —preguntó Gerald con la certeza de que las mujeres no eran nada puntuales para las citas.

En los balcones de Club 0470 el viento jugaba con la melena de Abby, su piel tostada le daba ese trasunto de sirena oceánica en la baranda junto a su trago. Esa noche ella también estaba rompiendo sus patrones de estar sumergida solo en sus asuntos espirituales. Le pareció una novedad estar oyendo las olas del mar junto a un hombre tan brillante como el profesor Gerald Simone. En blue jean era otro hombre y adoró verlo con los hombros más relajados y la sonrisa más suelta. Hablar resultó toda una aventura a pensar que ambos no estaban acostumbrados a salirse de sus habituales encerramientos. Cada minuto juntos comenzó a significar algo interesante y novedoso en sus ánimos. El mar lanzó un viento fuerte como los que vienen de las cosas de África anunciando un fenómeno. Las sillas rodaban solas en las mesas aledañas, pero a Abby no le pareció perturbar la presencia de la

Parca susurrando su nombre en la oreja.

Sencillamente, a sabiendas de que era un ente que solo Abby podía ver y sentir. Procuero no mirarla a los ojos, mientras la rodeaba con su batola negra y su oz. Supo que asustarse le daría poder al espectro. A su vez, debía parecer una persona balanceada, cuerda y libre de tensión frente a Gerald. No estaba segura de poder explicar el fenómeno a su acompañante, pero aceptó el desafío de ignorarla y fingir no verla. La muerte decía su nombre, mientras ella sonreía y hablaba con Gerald.

—Abby, sé que me ves. Sabes que vengo por ti. ¿Y ahora pretendes vivir a última hora? ¿Crees que ignorándome te libraré del rapto que vine a hacer? Ya fue suficiente niña. ¡No pretendas vivir ahora cuando ya no hay tiempo!

Abby le dio la espalda y miró el mar acercándose a Gerald en busca de su protección ante el viento. La brisa era salvaje y el olor a salitre entraba junto con partículas de arena. La muerte puso los dedos huesudos en el hombro de Abby y ella los vio de reojos. Estaba entrenada para soportar grandes presiones energéticas al punto de soportar el aliento podrido que emanaba de la boca oscura de la Muerte. El espectro pareció haber saltado de un naípe del tarot.

La chica tomó el trago de golpe, tratando de no fruncir el ceño ante el

repentino asco. El escalofrío se apoderó de toda su piel y Gerald al notar su rubor siente compasión de ella. No comprendió porque el aliento de Abby se condensó como si estuviese en invierno.

—¿Estás helada? ¿Te sientes mal? —la expresión desfalleciente de Abby lo hizo rodearla con sus brazos.

Fue entonces que la Muerte dio varios pasos hacia atrás y Abby se supuso a salvo. Recuperó el semblante de inmediato. Ella levantó la vista y miró a la Muerte de frente.

—Abby, no podrás escapar de mí por mucho tiempo. Te daré tres días para que te despidas del mundo. Tu tiempo se acaba y aferrarte a la vida puede ser muy doloroso para ti. Mientras más te resistas más violento será el despegue.

Abby miró a la muerte y esta se quitó la túnica negra y resultó ser la misma mujer que vio trotando en el parque en la tarde. Era hermosa y le sonrió con sarcasmo.

Cap.3

Cuando niña estaba abrumada de las atrocidades que la rodeaban en los confines de su mente. Imágenes horribles que la atormentaban al punto de acorralarla al suicidio. Una noche, fue a la azotea del hospital psiquiátrico

dispuesta a aventarse al vacío. La muerte le hablaba con voz dulce. Sentada en la hilera.

—Es tentador, pero no vendré por ti ahora. No haz cumplido las misiones de tu vida —dijo acariciando su cabellera.

—¿Quién eres? —dijo Abby tartamudeando.

—Soy la de siempre, la inevitable, la maldecida, la que todos desprecian a veces. ¡No es tu tiempo, niña! Si te lanzas al vacío solo se romperán tus extremidades. Puedes intentarlo y el dolor te ocupara por largas semanas. ¡Pero no morirás! —dijo la muerte desapareciendo en el acto. Cuando el mismo doctor Joseph la tomó del brazo para rescatarla de su trace junto con dos enfermeras. El pataleo de Abby hizo imposible su estancia para el personal de la clínica. La medicaba para forzarla al sueño profundo sin dejarla salir de la pesadilla. Los medicamentos la enjaulaban en el mismo sueño donde no podía soportar las animas que deseaba entrar por la puerta y corría descalza por pasillos de clavos que se le enterraban en los pies. Era perseguida por fieras de energía que atentaba con comérsela con colmillos, mientras ella daba alaridos y puños en busca de salir de la pesadilla, pero no podía moverse de lo inesperable, entonces su cuerpo convulsaba en la vida real.

Su infancia estuvo repleta de tranquilizantes. Solo en brazo de su padre

y madre las pesadillas se disipaban y nada de aquellas energías desencarnadas lograron tocarla. Su padre era un escudo de protección para Abby. Algo había en él que los espectros detestaban.

Las veces que vio al demonio, este no pudo acercarse cuando Abby saltó en los brazos de su papá. El hombre estaba devastado con la enfermedad mental de su hija y hacía lo posible por espantarle las pesadillas y vigilarle el sueño. Tanto que Abby terminó durmiendo en la cama con su padre y madre. Al abrir los ojos, los espectros chocaban con la barrera de amor que la acunaba. Ella reía al verlos caer como insectos muertos ante el escudo de calor de sus padres. Hablaba con ellos a nivel telepático gritando que se fueran y la dejaran en paz. Todo estuvo bien hasta que un buen día el padre cayó enfermo de gravedad cuando sorprendió a la muerte pasándole la lengua por el rostro para marcarlo. Doña Iris, su madre, estaba haciendo el desayuno. Abby abrió los ojos para sorprender a la extraña mujer serpentearle la lengua por la yugular y absorbiendo su aliento.

—¡Mi padre no! —gritó con fuerza.

—Nadie puede oírte Abby. Contigo se cometió un error al darte el alma. Demasiados poderes para alguien que nunca aprenderá a usarlos. Es mi gran crítica divina.

—¿Por qué mi papá? —preguntó Abby con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Es su tiempo! —respondió la muerte tratando de continuar pasando su lengua por la frente del hombre dormido.

Abby le agarra la túnica y la hecha a un lado.

—¡Es un hombre joven y yo lo necesito! —reprochó la niña con furia.

—¡Sin mí no hay equilibrio! Si dejo de cumplir con mi deber el planeta sería una lata de sardinas. Tienen que morir unos para que nazcan otros. ¿Me entiendes? No me hagas estos espectáculos cada vez que me veas cerca. ¡Odio que puedas verme y que interrumpas mis deberes!

—¿Es tu deber dejarme sin padre? Él y yo tenemos un partido de baloncesto pendiente. ¿Quién me bailará el vals en mi quinceañero? ¿Quién me enseñará béisbol? ¡Ya estábamos a finando mis bateos! ¡Mi padre es mío, me pertenece, no me lo puedes quitar!

Abby, se le trepa en la espalda a la muerte y la golpea con todas sus fuerzas mientras le mordía el hueso de su brazo.

—¡Suéltame mocosas! Yo no tengo la imperfección de tus emociones. Tu padre irá conmigo. ¡No puedes hacer nada para evitarlo!

—¡Sí puedo! ¡Llévame a mí!

—¡No es tu tiempo Abby! Cada ser humano tiene que cumplir un proceso y el que lo deniegue sufre serías consecuencias espirituales.

—¿Por qué la vida siempre es seguir la voluntad de cosas invisibles? No quiero cumplir nada. Solo quiero a mi familia, tal y como está. No quiero crecer sin mi padre y tienes que dejarlo junto a mí.

Al Abby levantó su mano contra la muerte y logró quitarle la túnica, para develar a una mujer hermosa con traje de hada. Así se vistió la muerte para sentarla en la falda y atarle las manos con una sola de sus manos huesudas.

—Sé que el día que no encontremos de frente otra vez, me volverás a dar serios dolores de cabeza Abby. Ese poder tuyo es tu propio enemigo. Sigo pensando que tu espíritu es un error sin precedentes. Eres demasiado fuerte como para que algún día alcances la madurez del auto control. Por fortuna, vendré por ti antes de que empieces a desequilibrar al mundo con tus poderes irracionales.

—¡Suéltame Muerte! ¡No me toques! Ya vi lo que le hiciste a mis abuelos y aún no me recupero. ¡No sé cómo puedes aceptar un trabajo tan triste como el llevarte la vida de la gente!

—Abby, esto no es un trabajo, es mi naturaleza. Sin mí no habría forma de respirar, el mundo fuera un hormiguero sin espacio para transitar. Entiende que soy tan necesaria como el aire. Espero que entiendas esto pronto. No quiero altercados contigo en el futuro. Siento que seremos grandes

enemigas. Trata de entender mi valor. ¿Crees poder escapar de mí?

—Sí. ¡Yo puedo escapar de lo que sea! Hoy no te llevaras a mi padre.

—Podrás hacer lo que sea, pero para salvar a tu padre debes quedarte despierta para siempre y eso no se te hará posible niña. En algún momento se cerrarán tus ojos y yo haré mi trabajo.

—¡Eres una maldita! —Abby abofeteó la cara de la muerte.

—¡Cuida tu vocabulario! Eres burda y malcriada. Nunca antes un mortal me había faltado al respeto.

Abby no escatimó en escupirle la cara. Seguido la muerte desapareció cuando los pasos de la madre entraron a la habitación. La niña corrió a los brazos de su madre y le ordenó buscar agua, incienso, frutas y hasta pañales porque ella no iría al baño ni dormiría. Su padre la estuvo al lado con los ojos petrificados junto a él.

Pasaron tres días y la niña no se resistía a dormir. Su madre estaba preocupada por la obsesión de la chiquilla.

—¡Hija vas a enfermarte sino duermes! —miró a su hija a los ojos y ya estos parecía tener sangre.

—¡No puedo dormir, ella vendrá por él si me descuido! —dijo con firmeza.

—Debes dejar de decir disparates.

Abby dio vueltas en círculo por todo el cuarto mirando al techo. Según le dijo a su madre, ella era un cerco para que la muerte no viniera. Preocupada por la fiebre de su esposo y la crisis emocional de su hija, Iris decidió llamar al doctor para que viniera a darle algún tranquilizante a la niña.

Otra vez por la fuerza y la Muerte reapareció en la habitación mientras todos estaba luchando con Abby para ponerle una inyección en el brazo. De reojo Abby vio a la muerte abrir su boca putrefacta y robarle el aliento a su papá.

—Si duermo la muerte se lo lleva, deben entender —dijo mientras forcejeaba con su madre y el médico quien no atinaba a administrarle el tranquilizante.

Fue instantánea la muerte de su padre y tanto a doña Iris y al doctor Joseph, fue solo una casualidad. Al despertar y ver su a su padre con la palidez de una maniquí tendido sobre la cama fue algo que no se perdonó nunca. Porque pudo evitarlo. Lo cierto es que no era tan fácil eso de estar despierta para siempre. La Muerte no tenía sentimientos ni consciencia y su padre fue con ella sin protestar y sin mirar atrás en ningún momento como si

al salir de su cuerpo olvidara toda su vida y estuviese tentado a mirar el deslumbrante halo de luz de famoso puente del umbral de la vida. Abby juró vengarse de la muerte cuando fuera grande y no descansaría hasta encerrarla para que nunca más le hiciera daño a nadie.

Bajo las estrellas del malecón Gerald quedó impresionado con el conocimiento astronómico de Abby. Aún seguía helada mirando de frente a la Muerte quien se sentó frente al fuego clavando la mirada de abismo sobre ella. Gerald no escatimó en prender una fogata con leña que recogió a su paso a la orilla de la playa. Se preocupó de su semblante apocado y la voz rota como si cada sílaba fuera pesada de enunciar por el frío descomunal que la petrificó.

—No sabía que fueras friolenta.

—Soy frío-rápida —Abby se aproximó a él para tratar de aislarse de la presencia nefasta de la intrusa que ella era la única que podía ver. Se le ocurrió ignorarla con sus destrezas de cuarta pared y sólo así intensificaría la distancia y podría crear un cerco más efectivo. Tal y como la aprendió en la escuela de Hada Smith. No temer, no dar poder, no mirar a los ojos de los espectros, no permitir el descontrol de su centro. Esos pasos siguió y la

muerte perdía potencia para pasear su lengua por el rostro de Abby y así podérsela llevar en cuestión de días. Por el momento desapareció de la escena y Abby sintió que hasta el viento se niveló de repente. Explicarle la repentina paz a Gerald le resultó imposible. La ventisca y la palidez desaparecieron al unísono y él notó la repentina casualidad. No dijo nada al respecto. Era demasiado pronto para soltar sus demencias delante de ella. Después de todo él era parapsicólogo y la pasión por las ciencias ocultas era el otro punto que compartía con Abby quien aún no le quiso leer ni la palma de la mano por miedo a encontrarse con su propio destino.

La noche transcurrió entre miradas y escalofríos. Abby aún preservaba ese enigma que lo enloqueció por ella a la distancia. El ambiente se tornó liviano y la conversación fluyó sin más protocolos. Abby no estaba segura hasta cuando tendría oportunidad de vivir. Pero Gerald también le pareció un gran escudo contra esa fuerza ruin que la estaba rodeando. Pedirle escolta era un salto apresurado. Debía lograr dormir con él esa noche y vincularse cuanto antes con él porque no había tiempo que perder.

La actitud tan recta de Gerald creó una distancia desesperante y Abby no deseaba forzar las cosas con él. El instante era perfecto para besarlo. Debía dar el peso hasta su boca, pero estaba demasiado colmada con sus ojos y volumen de voz como para dar el paso hasta él. Eres pedir demasiado en poco tiempo. También no quería parecerle desesperada, aún que lo estaba

porque tenía el reloj en su contra. Al ver sus ojos vio la sombra del resentimiento al fondo de su mirada.

—Gerald, estar contigo es maravilloso.

—Igual digo Abby —se sonrojó y más cuando Abby se abrazó a él fuerte.

Abby misma se sorprendió de estar actuando con una ligereza que, de estar en otra circunstancia, no se permitiría nunca. Era un abrazo de auxilio que se le escapó y hasta confundió los brazos de Gerald con los abrazos poderosos de su propio padre.

Le correspondió con la misma ternura y sin saber qué vendría después de esa fusión tan poderosa que los tenía pegados cuerpo contra cuerpo. Hace tiempo que él no sentía un aroma femenino sembrarse en su pulmón como en aquel momento. Él se sintió tan perdido que mantuvo la presión del abrazo intacta para que ella no fuera ahogarse en él.

—Abby, gracias por este abrazo. Perdón sin no quiero soltarte tan aprisa. Estoy bien aquí adentro de este segundo.

—No quiero que me sueltes. ¡Por favor, no se te ocurra! —dijo Abby dejándose caer sobre su pecho al lado de la fogata.

Esa noche no fueron a otra parte, se quedaron dormidos al pie de la fogata, de tal modo que se conectaron con la idea de estar unidos. La muerte

apareció al amanecer. Abby estaba profundamente dormida y se le hizo imposible pasar su lengua por el rostro de ella porque estaba incrustada en el costado de Gerald en posición fetal.

La Muerte se puso solidaria al recordar el dolor que le ocasionó la partida de Raquel. Se acordó de lo mucho que la lloró y algo en ella se infestó de clemencia. Gerald estaba tan entusiasmado con Abby que declaró una imprudencia divina meterse entre ellos dos. Miró el extraño reloj en su muñeca izquierda y dio cuerda como si le estuviese dando más tiempo a Abby. Lo hizo a pesar de que del cielo cayeron para de relámpagos y la atmósfera se nubló. La Muerte miró al firmamento y le hizo una señal de espera a Dios.

—¿Cuál es la prisa, viejo? —le preguntó al cielo de forma directa. Entonces el cielo se despejó y salió un sol radiante con el cual ambos abrieron los ojos en medio de la arena. La Muerte desapareció al instante.

Al abrir los ojos Abby se sintió con fuerzas y dudó de sus visiones. Supuso que muy probablemente estaba en una de esas crisis de su adolescencia. A los mejor los químicos del cerebro empezaron nuevamente a fallar. Debía tomar omega tres. Un ansiolítico o muy probablemente recluirse en la clínica lo cual se veía fatal para su carrera de psíquica. Se convenció a sí

misma de que estaba bien y que las cosas podrían ser diferentes si ella se lo proponía. Gerald le daba una fuerza especial y a partir de ese momento, era alguien indispensable. No encontraba cómo decirle que no deseaba despegarse de él a partir de ese momento.

Tomarse del brazo, le hizo sentir a Gerald que Abby era ese milagro que soñaba. No, no deseaba despegarse de ella en ningún momento. Era pertinente guardar la distancia por aquello de ir a sus respectivos departamentos, darse un baño, cambiarse de ropa e ir a la cena. Eso acordaron y así fue.

Al lado del Club 0470, estaba un hermoso restaurante de comida internacional y justo detrás una discoteca. Donde ambos entraron como si fueran obligados por las fuerzas oscuras de un cambio radical en sus vidas. Incluso, Abby se puso un vestido corto de cuero negro y Gerald dejó sus pantalones de señor discreción en la percha. Otra vez, se atrevió a ir a la calle sin su bitácora de anotaciones y sin peinar con brillantina. Pidieron varios tragos para desinhibirse, al quinto "shock" de tequila, ya era peces habituados a la diversión. Estaba divinamente mareados, bajo las luces de la discoteca. Ni siquiera se acordaron de que no sabía bailar.

Al llegar a la mesa muertos de risa y bañados de sudor, tomaron otro trago y ya colmados de ese sentimiento de bienestar absoluto de estar uno al lado del otro, apareció una mesera espectacular con un atuendo provocativo

que se puso en medio de los dos justo Gerald estaba presto a besar a Abby.

—¿Dónde bien por aquí? —repuso Abby no la miró a la cara por encontrarla insolente e interrumpir el momento crucial en donde al fin iba a besar a Gerald por primera vez.

Sin ningún recato se inclinó a recoger los vasos y Gerald no pudo evitar mirar sus pechos porque literalmente se los posó en la cara. Situación ampliamente incómoda para la pareja. Abby evitó que el mal humor se apoderara de su serenidad, pero estaba molesta y sugirió ir al otro lado. Justo antes de sugerirlo, una música monumental convirtió a las meseras en bailarinas exóticas de sorpresa para los presentes e hicieron una coreografía sensual para subir a una mini tarima a cantar y bailar. Fue entonces que Abby vio a la Muerte entre las chicas y se puso de pie horrorizada al verla convertida en una persona real. Sin mediar palabras. Ella arrojó dinero en sobre la mesa y tomó a Gerald del brazo para salir inmediatamente del lugar, pero las personas no los dejaban avanzar hacia la salida, al contrario, los empujaron al centro de la pista y se vieron obligados a bailar. La Muerte parecía cantarles directamente a ellos y fue con el micrófono hasta donde Abby para subirla al escenario. Abby colmada por la situación, trato de huir, pero el resto de las bailarinas la rodearon y se vio obligada a seguirles el paso. La Muerte lucía como una estrella y cantaba como tono de hipnosis. Ella le sabía el juego de seducción y ahora con eso de convertirse en una

cantante, le hizo entrar en pánico. Podías cantar y comunicarse con ella a nivel telepático.

—¿Te estás divirtiendo Abby?

—No me parece gracioso lo que estás haciendo. Es muy infantil que intentes arruinarme la cita —respondió telepáticamente a la muerte.

—Creo que a tu Gerald le gustó mi escote. No sé cómo vas a competir conmigo. Soy tan hermosa como tú, pero contrario a ti no soy mortal.

—¡Eres despreciable muerte! ¿De dónde sacaste el disfraz? —preguntó Abby con desagrado.

La muerte abrió la boca dispuesta a lamer su cara tan pronto la luz se apagó del escenario. Abby la empujó y corrió por la oscuridad. La muerte la arrinconó en el camerino. Olfateó su cuello y le habló al oído.

—Te di más tiempo, pero tengo que marcarte —dijo y justo antes de posarle la lengua por la mejilla la puerta del camerino se abre para que entraran la estampida de bailarinas.

Abby se coló entre ellas para escaparse. Era las que entraría en el nuevo número que se aproximaba. Al caminar a la mesa. Se sorprendió cuando vio a la Muerte hablando y coqueteando con Gerald. Le dio hasta su número telefónico. Entonces comprendió que esa entidad podía estar en varias partes a la vez y que debía tomarle el pulso para combatirla con efectividad.

Disimuló con gentileza para tomar lugar en la mesa con discreción y sin parecer del todo mortificada.

—Mucho gusto. Espero no estar interrumpiendo nada —dijo y tomó un trago de la misma copa de Abby —hay que aprender a compartir.

Gerald no estaba seguro sobre cómo manejar la espontaneidad de Enid, como le dijo que se llamaba. Abby no le tendió la mano. Era una atrevida y para colmo no encontraba cómo reclamarle a un hombre soltero la caballerosidad ante una arpía que se colaba entre ellos. Él mismo no podía pestañear de tan bella que le parecía Enid y cierto desapego instantáneo se dio entre ellos dos ante el malestar. Finalmente, el mismo Gerald tuvo la iniciativa de irse del lugar.

A la salida, Abby mantuvo silencio porque no tenía derecho a reclamarle nada a Gerald. Era un hombre soltero después de todo y entre ellos no había nada. Él trató de no hacerla sentir incómoda, pero era evidente que estaba molesta por la intromisión de Enid.

—¡Fantástico! Le caíste bien a Enid.

—¡Es muy simpática!

—Si quieres quedarte en la disco, conmigo no hay problema. Puedo pedir un taxi a mi casa —dijo evidenciando su fastidio.

—Jamás permitiría eso —dijo Gerald con firmeza.

—Te vi fascinado con ella —Gerald le abrió la puerta del auto y tan pronto ella entró. Todo a su alrededor perdió el movimiento, tal y como si el mundo se hubiese detenido. Enid, la Muerte. Estaba sentada en la parte de atrás.

—¡Me encanta Gerald! —dijo con aplomo—. Eres tan tímida y sonsa que antes voy a la cama con él que tú. Eres tan puritana que mírate, eres virgen por idiota y no por fea. Toda tu vida te haz dedicado a leerle las cartas astrales a los hombres y sin venus no está en la casa de tu preferencia, no pasas de la primera cita con ninguno Abby. ¿En verdad crees que exista el hombre perfecto?

—¿Eres la muerte o una pesadilla? —preguntó Abby poniéndose en cuclillas sobre el asiento para confrontarla.

—Si te resistes a venir conmigo, me pondré peor. Mi atuendo de humana dura el mismo tiempo que tú te decidas a venir conmigo. Así son las estrategias para las almas difíciles. Te pareces a Ketschy, una isleña del Caribe que escapó de mi veinte dos veces.

—¡Brillante mujer! ¿Y qué pasó con ella?

—¡La gente que se rehúsan a morir entonces viven una larga vida llena de sufrimientos! Ahora Ketschy tiene 105 años y le duele cada uno de sus huesos, está encorvada, rígida y muda en un sillón de ruedas. Es lo que pasa

cuando un alma se resiste a partir. En cambio, a ti te espera el camino más difícil. Como no eres un ser humano normal, corres el riesgo de convertirte en un demonio.

—Enid, soy paciente psiquiátrica. Es muy probable que seas solo una alucinación y yo esté pasando por una crisis de identidad o algo por el estilo. No voy a darte poder sobre mí y te agradeceré que te metas en mi vida. Agradezco el tiempo que me das y que me permitas disfrutar mi vida hasta el día que sea.

—Antes de que tu madre regrese de casa de tus tías debes venir conmigo.

—¿Por qué? — preguntó con la misma fuerza que cuando niña.

—No debes existir, no con el poder que tienes —dijo la Muerte desapareciendo ante sus ojos.

Gerald de montó en el auto y le extraño el frío infernal que sintió de repente.

Cap. 4

De todas las cosas extrañas que le había pasado en la vida a Abby, una rareza fue ver a Raquel sentada en el sofá de la casa de Gerald mientras el servía una copa de vino. Llegaron allí por efectos de las copas y la distancia entre la discoteca y la casa de Gerald. Fue un choque verla reposada en el

sofá alborotada en felicidad al verlo.

—Amor ¿ya se te fue el coraje? ¿Podemos hablar? —el espíritu se le iba detrás a cada paso en espera de respuesta.

Abby miró las fotos de las paredes y supo que era la famosa Raquel de la cual hablaron un poco en la playa. Debía fingir no verla. Si demostraba que era un canal de comunicación, el espíritu no escatimaría en tratar de invadirla. Explicarle que estaba muerta era parte del proceso para ayudarla a cruzar y tomar el descanso eterno en vez de quedarse varada entre dos planos.

Le conmovió verla tan eufórica y ansiosa por derrotar la distancia entre ellos. Por el momento, el espíritu no notaría su presencia, porque su punto de enfoque era hablar con Gerald de algún modo. Abby debía evitar hacer contacto visual con el espectro. Concentrarse en la conversación con él, era difícil. Su difunta esposa repetía una y otra vez que lo amaba con toda su alma. Le indicaba que cada día lejos le hacía sufrir mucho. Gerald le pasaba por encima a su cuerpo y hasta era traspasada.

—Bienvenida a mi casa. El cuarto de huéspedes no está del todo habilitada.

Tanto Gerald como Abby estaban confundidos con sus emociones. Lo difícil del talento de Abby era concentrarse en la realidad sin que las almas interrumpieran su proceso de relacionarse con los vivos. Raquel se enojó con

el silencio de Gerald y lanzó su copa al suelo. El sonido de la copa rota impresionó a Gerald, Abby cometió el error de mirar a Raquel a los ojos.

—¿Quién eres tú y qué haces en mi casa? —preguntó el fantasma con tono amenazante.

Abby no podía responderle al momento. De haber respondido iba a ser demasiado extraño para el momento. Así que se concentró en ignorar los gritos de la difunta.

—¿Hace frío? No recuerdo haber dejado el aire acondicionado encendido —al apartarse Abby aprovechó la oportunidad de hablarle al fantasma sin mirarla a los ojos para evitar invasiones.

—Raquel, tienes que enterarte que ya este no es tu plano.

—¿Mi plano? ¿Te refieres a mi casa? ¿Mi esposo? Una cosa es que no me hable y otra que se atreva a traerme a su amante a la casa. Nunca pensé que nuestro matrimonio fuera a ir tan mal. ¡Debe ser por tu culpa! ¿No respetas a los hombres casados? —dijo tirando la copa, pero afortunadamente Abby la sujeta antes de que fuera a caer contra el suelo.

—Debes enterarte que esta ya no es tu vida y debes irte.

—¿Irme a dónde? ¡Eres una perversa descarada! ¿Cómo Gerald puede hacerme esto? Siempre fuimos tan unidos, solo fui a hacer ejercicio al parque y desde ese día nunca me ha vuelto a dirigir la palabra. ¡He hecho todo por

conciliar nuestras diferencias! Él me ignora, me deja con la palabra en la boca y ni siquiera sé qué fue lo que hice para merecer este trato cruel.

—No es trato cruel. Tu esposo Raquel...es viudo. Nunca volviste del parque —Raquel se miró las manos y corrió al espejo solo para ver que su reflejo no estaba de frente —¡No entiendo! ¿Qué clase de broma es esta? —el espíritu se enoja y corre hasta Gerald que venía de frente e intenta abrazarlo, pero se le escapa de las manos al ser traspasada por su cuerpo.

Gerald le pidió a Abby tomar asiento y Raquel empuja la silla y Abby cayó al suelo. En ese instante Gerald supo que algo iba mal en el ambiente y la toma de la mano para ayudarla a levantar.

—Eres la primera mujer que entra a esta casa desde que Raquel murió.

Raquel encontró insoportable eso de saberse muerta y gritó con todas sus fuerzas. Gritos que Abby trató de evadir con gestos de neutralidad para que no supiera que en efecto el espíritu de su esposa deambulaba en los alrededores.

—¡Eres una maldita zorra quita marido! No creo nada de lo que me dicen. Solo quieren que me vuelva loca. ¡Eso es! Una técnica horrible para deshacerse de mí. Si ya no me amaba bastaba con decirme Gerald, no tienes que llegar a extremo de armarme un escenario. ¿Cómo puedes jugar con mis sentimientos así?

Abby levantó los ojos y el fantasma de Raquel desapareció por el momento de su vista. La temperatura de la habitación dejó de estar helada y el calor empezó a desesperarlos.

—Ahora sí debo encender el aire acondicionado —dijo Gerald haciendo una pausa para ir a encenderlo.

Abby se sintió mareada de tanto susto repentino y manejar el estrés que le provocó el espíritu de Raquel. Supo que la relación con Gerald sería complicada y debía tener la destreza de llevar las cosas con mucha discreción para no hacerle creer que en cierta medida ella no estaba en sus cabales. A pesar de haber superado las etapas de confusión en el proceso que estaba asumiendo sus facultades psíquicas nunca descartó que dentro de ella hubiese un grado de locura. Encontrar la forma de manejar sus dones y una vida equilibrada fue el reto mayor. Deliberó una batalla interna por varios minutos en si debía o no hablarle de Raquel. Estar en la casa era como tener una chaperona hostil que no dudaría en mostrar su ira si se sentía destronada de su hombre. El proceso requería paciencia y concentración. No era el momento de sincerarse con Gerald, no cuando aún no había sentimientos sólidos entre ellos. Supuso que se encontraba ante una prueba enorme, con el agravante de tener poco tiempo de vida y no sabía cómo la tal Ketschy lo había logrado. Era fácil localizar a la viejita e investigar su técnica para evadir la muerte. Apuntó su nombre en un pedazo de papel. Luego de la

extraordinaria velada en donde ninguno de los dos pudo conciliar el sueño. Abby fue a tres asilos de ancianos de la ciudad, pero no fue hasta el séptimo que encontró a Ketschy sentada frente a una ventana en un moderno sillón de ruedas. Parecía estar conectada al silencio de forma permanente y le pareció curioso oír su nombre luego de que solo la llamaban con su apellido de cada desde hacía más de veinte años.

—¿Doña Ketschy? Soy Abby la psíquica. He oído mucho de usted y deseaba tanto conocerla.

—Yo sé quién es usted. Veo televisión y sé que son muy certeras sus predicciones —dijo extendiendo sus manos rígidas y acabadas por la artritis descomunal que le deformó los dedos.

—Usted llegó lejos en la vida y quiero saber cómo lo logró.

Ketschy movió la palanca de su silla de ruedas para aproximarse a Abby. La miró con sus enormes ojos café y la mirada alucinante para narrarle la historia.

—A ti sí puedo contarte. Siéntate y no me juzgues. Ya he pagado bien caro mis delitos.

A los cuarenta años morí por quince minutos. Era un día malo para morir. A penas probé bocado ese día y a esa edad decidí ser corresponsal de guerra. No debí hacer eso, pero fue cuando pude al fin convertirme en

periodista. Antes fui madre soltera y no me alcanzaba el tiempo ni la economía para irme de gira por el mundo. Cuando mi único hijo Euleam, emigró a los Estados Unidos, yo me convertí en un nido vacío y no soporté el hecho. Entonces tomé mi computadora de escribir, una mochila y fui a Siria. Fue una locura. Yo tenía un leve deseo suicida en mi inconsciente. No quería morir sin ejercer el periodismo. Estudié mucho para eso, demasiado y la vida se me complicó al punto de perder la ruta de mi propio destino por espacio de veinte años. Tuvo que ver mucho con mis desilusiones amorosas y graves problemas financieros. Al poner el pie en Siria, una mujer se acercó a mí y sin permiso, lamió mi rostro como si fuera su cachorra y dijo mi nombre. Asegurándome que solo tendría una semana de vida para cumplir mi meta de ser periodista. Me pareció pretencioso que algún tuviera ese poder. Cuando la vi de frente, vi al espacio exterior en su rostro y supe que era la muerte. Fue extraño, pero no era mi deseo morir tan pronto. Me faltaba amar por segunda vez, me faltaba escribir la historia de mi propio siglo desde el punto de vista de mi óptica. Fue tanta mi renuencia, que, al pasar la semana, me resistí a la muerte y ella decidió tenderme una trampa para llevarme. La muerte sabe de lo que el corazón humano encierra. Me puso una prueba y mi reacción fue otra. No salvé a la gente que gritaba en el interior de un edificio. La vi pasar de reojo. Fui egoísta y no pudo capturarme como era su plan. Así lo hice vez, tras vez. Hasta que se hartó de seguirme y me condenó a la longevidad

placada de dolores insoportables, pero aún así, no me iré con ella. No estoy de acuerdo con la muerte Abby. Es una forma de desperdiciar los sacrificios y esfuerzos que hacemos con el alma.

—Ella me está siguiendo —Abby le posó la mano encima a la mujer.

—¿Qué dices? ¿Desde cuando te sigue?

—Hace par de días, a lo sumo, tres —Abby dio un enorme suspiro.

La viaja se aproximó a ella para hablar en susurros.

—Puede ser tu peor enemiga. No estará conforme con tu decisión y si se harta de perseguirte, te pasará lo que a mí. Procura que no te marque. Si escapas sin que te marque no sufrirás problemas de salud. Sería la mejor burlista. Matusalén logró hacerle un cerco y se le escapó por varios siglos.

—No es mi intención durar un siglo. Solo quiero tener una historia hermosa de amor, hijos y una vida normal. Me he pasado todos estos años organizando mi energía y sabiduría. Me he comportado como una monja esotérica. Me ha dado trabajo organizarme, entenderme y domar mis facultades.

—Abby, no debes estar sola en esto. Creo que necesitas mi ayuda.

—¿Cómo puede ayudarme?

—Querida, ella se pasa en este centro, yo la puedo ver, pero ella no a

mí. La razón por la que no me puede ver, es porque tendría que aceptar que no cumplió su rol y eso la deja muy mal parada. Yo tenía que haber muerto hace ocho décadas atrás.

—¿Usted prefiere estar en un sillón de ruedas sintiendo dolores día y noche?

Doña Ketschy se echó a reír.

—Me encanta los sabores de mis medicamentos. Sabe a uvas y fresas, el dolor se convierte en parte de tu cuerpo y luego ya no te importa. Es increíble todo lo que aprendo de cada una de mis arrugas. Después del dolor, viene una anestesia natural que esta en tu cabeza. Yo pensé que iba a ser peor, pero fue lo mejor que hice. Aún puedo escribir con caridad y navegar los foros de Facebook para llenar al mundo de filosofías. Parece inútil, pero es la forma de salvarlo. Sembrar ideas en los demás hacen que se proliferen. Ahora soy oficialmente una alteradora del orden.

—¡Ella me dijo que yo iba a alterar el orden! —dijo Abby entendiendo que doña Ketschy estaba diciendo la verdad.

—Mi don era prevenir peligros y narrarlos cuando ya no había remedio. Predecir no es tan difícil como llegar al peligro sin previo aviso y tener que alterar las variables de la acción. Nos amenazan con el infierno, pero la vida es igual de dolorosa que la muerte y más en estos tiempos. ¿Estás dispuesta a

huirle y asumir las consecuencias? —preguntó la vieja mirándole a los ojos.

—Sí, Ketschy. No puedo irme de este mundo sin vivir a cabalidad. No me parece justo y si no escogí nacer, al menos quiero escoger cuándo morir.

Ambas dieron un salto cuando la muerte pasó frente a ella y luego se fugó llevando a un alma consigo.

—Calma, no puede vernos. Si estas a mi lado, no puede tocarte si quiera —la vieja miró a Abby a los ojos —¿Cuántas veces le haz huido?

—Dos y la enfrenté cuando mi padre iba a morir; ¿esa cuenta como tres? —preguntó Abby con preocupación.

—¿Cuánto tiempo te dio?

—No dijo, solo la vi dándole cuerda a un reloj.

—Ponle un espejo de frente y eso la espantara. Una vez pasan veintidós veces, romperás su agenda y te marcara como error. Entonces te ocultará para no aceptar que se equivocó contigo. Así puedes llegar a mi edad o a la edad de Matusalén. Nadie menciona esto.

—¿Así de fácil? —preguntó Abby con incredibilidad.

—No dije que fuera fácil. Si se humaniza, te dará problemas.

Abby respiró profundo y no estaba muy segura de querer saber más sobre las complicaciones que se avecinaban. Guardó silencio tratando de

saber si esa hermosa bailarina y mesera que le coqueteó a Gerald era la *humanización* a la que se refería doña Ketschy.

—Al verte tan callada supongo que temes contarme más. ¡Pero soy sabia por vieja y sé que indiscutiblemente ya conoces a Enid!

Abby se puso de pie para caminar de lado a lado sin saber qué hacer.

—¡Usted y yo debimos conocernos antes! ¡Sí la vi! Puedo manejar espíritus de descarnados, pero no sé manejar las entidades que tienen que ver con el orden del mundo. ¿Cree que todo esto de la vida tiene sentido?

—Tengo 122 años, Enid me pone cinco años menos. Si ya tienes a la muerte en Enid, te aviso que es igual a tener de asesina a tu propia sombra — dijo la vieja sacando una píldora de su camisa y se la tomó con gusto.

Abby empezó a morderse las uñas mientras intentaba comprender la situación.

—La vi flirteando con mi cita. Salimos al club y allí estaba en forma de una despampanante mesera de rabo esbelto. ¡No sé cómo enfrentar esto! Me asusta tanto que deseo rendirme. ¿Crees que también la pueda encerrar o desaparecer?

—No. Nada de eso es posible. Es como querer que el agua no te moje o que el agua sea aire. Es parte del orden y no la puedes desarticular. Si tan importante es para ti vivir, sigue tu instinto de preservación. Yo morí solo por

quince minutos y volví a la vida cuando no me fui en la hora exacta. La muerte solo puedo cruzarte en ese minuto ni antes ni después.

—¿Qué va a pasar con usted doña Ketschy? ¿Es acaso inmortal?

La vieja le mostró su reloj en la muñeca izquierda con orgullo.

—¡Yo me robé mi reloj de vida! Se lo quité a la muerte cuando vino por mí luego de marcarme. Tardé 15 minutos en distraerla y arrebatárselo — dijo con orgullo.

—¿Así como hizo el perrito en las comiquitas *All dogs go to heaven*?

—dijo Abby recordando la escena de la película de Disney.

—¡Exacto! Supongo que el que escribió el guion es otro evadido. Tienes varias opciones. Uno huirle, dos rendirte, tres enfrentarla y arrebatarle tu reloj.

—La uno es la que he puesto en función hasta ahora —dijo Abby volviendo a ocupar el asiento.

Doña Ketschy la miró con una sonrisa desdentada. Su carita aún reflejaba a una niña con pelo blanco. Era de voz dulce y excelente sentido del humor. Para ser tan vieja gozaba de buen pulso y una lucidez mental privilegiada.

—Escribí noticias impresionantes. Imagina poder estar en un campo de batalla y no poder morir. Cubrí la Guerra de Siria y hasta puede ayudar a

poner la ciudad de pie. Siempre pensamos que el futuro iba a ser un lugar lleno de tecnología y que a estas fechas íbamos a poder ir al espacio como si fuera un pasaje a las Bahamas. ¡Pues no Abby! Nos quedamos congelados en el sinsentido. Con las mismas enfermedades de siempre, aunque con mejores sabores en las píldoras. ¿Qué año es hoy?

—¿No lo sabes? Estamos a 5 de marzo de 2096.

—Nací en 1974, tengo 122 años y solo por mortificar a la muerte resistiré. Tengo que hacer otra hazaña. Mira mis dedos —doña Ketschy le enseña las curvaturas como si estuvieses las manos en posición de teclado—. He escrito de todo y soy una fastidia-planes divinos. No se hará la voluntad de nadie en la Tierra, porque el ser humano sabe cómo detener todo, hasta hacer que las entidades celestiales se abrumen y maldigan nuestra especie. También nos perdieron amor y fue porque nos lo ganamos como civilización. Viví varias guerras, la unión de Latinoamérica, la consolidación de uno solo segundo idioma, el exterminio del socialismo, comunismo y capitalismo. El surgimiento de la sociedad holográfica, la caída de la escuela presencial, la caída de los Gobiernos con base romana, la muerte de varios ideales, la destrucción de miles de estatuas de dictadores alrededor del mundo. Yo fui el desequilibrio. Provoqué hasta que nacieran personas como tú, tal y como lo harás tú misma si logras tomar el reloj de tu vida en las manos.

—¡Lo haré doña Ketschy! No es justo morir sin haber vivido.

—¡No es justo morir nunca! Ni tú ni yo tenemos culpa de los errores de nadie para tener que convalecer en los castigos de un presunto pecado original. Estamos desafiando fundamentos que se creían inmutables. Yo me burlo de todo porque es mi derecho hacerle frente a la injusticia contra nuestra especie —dijo doña Ketschy mirando el reloj de su muñeca.

—¿Está diciendo que estamos desafiando a Dios?

—Sí Abby y no nos irá bien, pero luego pensamos en cómo defendernos el alma para cuando sea el tiempo. Igual puedes arrepentirte al último segundo y te salvas. Es la hipocresía más grande que existe, pero es válida.

—Sé de usted porque la muerte la mencionó. Dijo que se te secaría el cuerpo y sufrirías dolores horribles.

—Enid es una manipuladora. Es probable que te dijera eso solo para que me encontrarás. Es posible que trame atraparnos a la misma vez —dijo doña Ketschy sonriendo.

—¿No le temes? —preguntó Abby con sorpresa.

—No. A medida que la evadas te harás más fuerte.

El correr y correr de enfermeras se armó al fondo del pasillo al entrar en una de las habitaciones. Alertaban de un descenso y doña Ketschy con total serenidad miró la escena a su espalda.

—¿Quién era él?

—Ernesto el del 101, estaba ansioso por morir. Enviudó hace poco.

Abby aterrada con la forma en que sacaban el cuerpo de la habitación, le sostuvo la mano a la señora en busca de sentirse protegida.

—Doña Ketschy, no estoy lista para morir. No sin haber sentido que cumplí con mi historia personal. ¿Cuál será el capricho del cielo para querer sacarme de raíz de la Tierra? Solo he hecho el bien. He ayudado a mucha gente a sobrepasar sus pérdidas.

—No me hagas esa pregunta. Llevo ciento veintidós años investigando el asunto y no me imagino esta vida sin mí. Es abominable que el mundo pierda mi sabiduría y más cuando lo manejo desde el incógnito y sin que nadie sepa que la mitad de la nueva visión de mundo son mis creencias distribuidas en los cientos de artículos de periódicos, revistas y páginas electrónicas que he escrito por ahí. Somos las mentes maestras. Ya sabemos demasiado Abby y es mortal para los planes de los superiores. De alguna manera, ellos están interesados en mantener sus misterios ilusos en la bóveda de la ignorancia humana. ¡Somos un peligro!

—Pensé que ser sabios era parte del plan.

—No me preguntes sobre cosas que no sé. Así viviera quinientos años no entiendo cuál es el asunto de la vida en sí misma. Solo quiero comer

panqueques en las mañanas, ver la novela de las doce, comer compota de manzana y darme una copa de vino blanco los viernes. ¡Es todo! Sé que no parece exactamente una vida excitante, pero a mí me encanta mis rutinas y escribir bajo seudónimos mis columnas de periódicos digitales sobre política y crítica social —dijo doña Ketschy se entretuvo dándole cuerda a su reloj por tercera vez.

—Le agradezco tanto todo lo que me ha dicho. Volveré con una botella de vino blanco para cuando logre robar mi reloj de vida. Usted solo ocúpese de darle la suficiente cuerda a ese para darme el placer de volver a conversar.

Abby se pone de pie estrechándole la mano, la señora logra poner los dedos un poco más derechos para lograr un saludo de despedida más erguido.

—Gracias por visitarme. Hace 20 años fue mi última visita, mi hijo murió a los ciento dos años y porque le dije cómo hacerse el loco con la pelona.

—¿Y sus nietos?

—Mi hijo fue un viajero toda su juventud. Nunca me presentó a uno que yo sepa. A lo mejor sí tengo, pero ni él ni yo nos enteramos.

Abby le dio un brazo fuerte a la viejita, que contrario a otras personas de su edad, olía a esencias florales y aún conservaba el hábito de ponerse preciosa con sus collares de plata y símbolos de todos los recorridos que hizo

por el mundo. Abby no quiso imaginar que esa sería la primera o la última vez que hablaría con la exquisita doña Ketschy. Juró buscar sus libros y anotó en una libreta todos los seudónimos que había usado en la vida para hacer sus escribir. Desde Maradona Luciérnaga, hasta la Ninfa del mar. Su lucidez la dejó fascinada, pero no tanto como su fuerza transgresora y la voluntad fiera con que se hizo dueña absoluta de cada segundo de su vida. Abby se fue rumbo a la batalla por su derecho a anclar su voluntad de continuar con la vida y decidir el propio día de su muerte.

Cap 6

Capítulo

Abby nunca había estado tan confundida acerca de un tema en específico, si bien su don desde hace días que estaba fallándole, había algo en Gerald que nublaba aún más sus visiones, ¿atracción? ¿Enamoramiento?, la palabra correcta no sabría definirla. De lo único que estaba segura es que ese tímido profesor alteraba sus sentidos de una forma en la que no habían sido perturbados nunca.

Fue en uno de esos pocos momentos en los que estaba regalándose con unos minutos de descanso cuando aquello ocurrió. Al principio, ni siquiera se había dado cuenta que había entrado de nuevo al onírico mundo de las visiones, había pasado un largo tiempo desde que había tenido una de esas.

-Creo que si Gerald pudiera...

Abby interrumpió sus palabras al percatarse de que a su alrededor, el ambiente había cambiado. Se sentía denso, pesado, se le hacía difícil respirar.

-¡Oh Dios mío! ¡Está pasando de nuevo!

La chica se descubrió ahora hablando en su mente, a pesar de que se había esforzado en proferir aquellas palabras y que salieran desde su boca, ahora no quedaba duda alguna de que aquello era parte de una epifanía.

Miró en todas direcciones y no le sorprendió encontrarse en un lugar ajeno a su habitación, se le antojaba lejano su suave colchón y sus almohadas de plumas. Ahora estaba en territorio peligroso, hostil en sobre manera. El mundo de los sueños era un lugar misterioso, ni siquiera Abby con todos sus dones se sentía a gusto de encontrarse en ese lugar, sabía bien que cuando era transportada allí significaba un presagio inevitable.

Teniendo en cuenta todo lo que había pasado últimamente con Gerald y con ella deseo con todas sus fuerzas que no fuera una profecía oscura, sabía muy bien que de ser así significaba que ese destino no podría cambiarse y ay

de aquella pobre alma que tratara de violentar los acontecimientos que el destino habría pautado.

-Gerald... Por favor...

Abby cerró los ojos a medida que el ambiente se fundía nuevamente a negro, sabía que la revelación estaba a punto de empezar, pero no quería verla. Ni siquiera quería hacerse una idea de aquello que pudiera serle revelado en el mundo de los sueños. Sintió su corazón palpar con violencia casi dando un vuelco dentro de su pecho. En su subconsciente clamaba por Gerald, a pesar de que sabía que para él era imposible escucharla y mucho menos acompañarla al mundo de los sueños.

Pero su corazón no seguía las reglas del destino, el cosmos le era indiferente y vaya si le importaba una mierda que el mundo de los sueños fuera inaccesible para aquellos que no tuvieran dones. Ella quería estar con Gerald en ese momento, eso la haría sentir protegida, lo sabía.

-Fwoooooosssshhh.

Aquel ruido no le era desconocido, significaba que la “preparación” ya había concluido y era momento de afrontar lo que fuera que estuviera frente a sus ojos, lo quisiera o no, no podría salir de ese lugar y regresar al mundo real hasta que viera lo que el destino quería mostrarle.

Aún en el pesado e inhóspito ambiente, pudo sentir el frío, y como su

piel se erizaba a medida que sus ojos iban abriéndose poco a poco.

Aquello la asustaba de sobremanera, pero tenía que hacerle frente...
Era hora de descubrir la verdad.

En un plano distinto a ese donde Abby estaba a punto de enfrentarse a su epifanía, Gerald se revolvía nervioso e inconsciente en el sillón, había caído en un sueño profundo desde hacía un par de horas, toda una rareza para un hombre que desde la muerte de su esposa no había conseguido pasar una sola noche de sueño decente.

Obviamente aquello tampoco era un azar del destino, ese inquietante sueño que tenía más parecido con una pesadilla que cualquier otra cosa no era más que una treta.

De pie, frente a Gerald la oscura silueta de la muerte se deleitaba mirando al hombre que se había robado sus suspiros. Hubiera deseado haber tomado su vida en ese instante y que Gerald pasara a ser eterno en sus brazos, pero aquello sería una abominación. Ni siquiera la muerte misma podía interferir con el orden natural de las cosas, y aunque era la primera vez en todos los eones de su existencia en que un humano, un simple mortal había robado su atención de aquella forma, era un amor que de principio estaba prohibido.

-Abb... Abby... Tengo que...

Gerald balbuceaba en medio de aquel sueño inquietante, como si aún en la inconsciencia se opusiera a formar parte de aquel tétrico momento. Quizás él no se hubiese dado cuenta de aquello todavía, probablemente despertaría varias horas después y tendría recuerdos difusos que confundiría con una pesadilla.

Pero no, era muy real.

La muerte se deslizó con una gracia sobrenatural sobre el suelo y se colocó frente a Gerald, su rostro fue abarcando la distancia había entre ambos hasta que quedó frente a frente con aquel hombre. Inspeccionó aquel maravilloso rostro que le había llevado a una situación tan profana e increíble que incluso ella con toda la sabiduría que había reunido a lo largo de la eternidad no podía entender.

Era perfecto, solo así podía definirlo. Había visto esa misma belleza antes, en las flores cuando las tocaba y estas se marchitaban, en el día cuando vestía de ocaso y al sentir su frío tacto pasaba a enlutarse dando paso a la noche, había visto esa belleza en la naturaleza, en el cielo, y a veces, en las almas de algunos humanos. Porque Gerald y todo lo que le rodeaba era hermoso, y todo lo que es hermoso estaba condenado a morir de un momento a otro.

El hombre seguía pronunciando en medio de su sueño el nombre de aquella mujer, y a pesar de que ella no tuviera órganos u otro parecido biológico con los humanos sintió un dejo de celos.

-¿Por qué?

Fue lo único que escapó de sus muertos labios, palabras gélidas que al ser pronunciadas disminuían de inmediato la temperatura en aquella habitación. Incluso frente a ella, él solo soñaba con la adivina, y aquello no le gustaba en lo más mínimo.

Levantó su dedo índice, huesudo y alargado pero esbelto y hermoso, había tomado una forma que pensó Gerald encontraría atractiva, la misma muerte no había tenido reparo en cambiar su aspecto con tal de atraer la atención de aquel hombre que irónicamente, la hacía sentir viva.

En ese momento poco le importó las consecuencias que pudiera acarrear lo que estaba a punto de hacer, ella había sido una transeúnte solitaria en todo el proceso de la existencia. Los humanos siempre aclamaban a Dios, a la vida, y todas las cosas buenas... Pero nunca nadie había rendido pleitesía a ella, nadie se había detenido a hablarle y en cierta forma, le huían. La soledad era peor que la muerte misma, y ella lo sabía por experiencia.

A medida que su dedo iba acercándose a la frente de Gerald para de una vez por todas sacarlo de la ignorancia efímera que resultaba la vida,

podía imaginar cómo sería tenerlo para siempre entre sus brazos, arrullado por sus palabras de amor y contemplándolo para siempre en la eternidad. Él no podría entenderlo hasta que lo hubiera probado, entonces le gustaría. Entonces la amaría de la misma forma que amaba a aquella adivina.

Su dedo ya estaba a milímetros de rozar su piel y arrancarlo para siempre del mundo de los vivos, ahora ella lo reclamaría como su rey y juntos vería pasar el tiempo de forma inerte amándose por siempre y para siempre.

Sonrió, de una forma demasiado humana para su gusto, pero no podía hacer mucho para ocultar el júbilo.

-Gerald... Por favor...

La voz de la adivina asaltó la calma que inundaba aquel lugar y la sobresaltó. Apartó la mano por mero impulso y entonces...

Ya no estaban allí, ni ella, ni Gerald.

Gerald miró a su alrededor sorprendido, el aspecto de aquella calle le parecía en extremo familiar, aunque no recordara para nada haber estado allí antes. Casi le da un infarto al ver a Abby parada en medio de aquella hostil avenida.

-¡Abby!

Gritó Gerald mientras corría a toda prisa para alcanzarla.

Abby pareció sacada de un profundo trance, miraba a Gerald como si fuera la primera vez.

-¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo es que llegaste hasta este lugar?

Inquirió la adivina sorprendida en extremo cuando Gerald se detuvo jadeando a su lado, aquello sí que había sido algo inesperado.

-Yo... Estaba... Durmiendo...

Gerald luchaba por recuperar el aliento y contarle que en medio de su sueño había escuchado su voz, también se moría por preguntarle en donde demonios estaban y como era posible. Sin embargo aquellas palabras murieron en su boca antes de que pudiera proferirlas. Su expresión de estupefacción confundió a Abby quien dirigió la mirada al mismo sitio que él, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra su expresión pasó a ser la misma que la del tímido profesor.

Aquello no podía ser cierto...

-El mundo de los sueños...

Dijo la Muerte para sus adentros, aquello si era una sorpresa. ¿Cómo había sido posible que la arrastrasen a un lugar como aquel? Incluso para ella

aquello resultaba inhóspito, y no lo visitaba a menos que debiera recoger un alma, alguna muy importante como para llevarla a un lugar donde no tenía control de lo que podía suceder. ¿Era esto predestinado o tenía que ver con Gerald y la adivina?

El ambiente era oscuro, cargado de penumbras, pero aún así pudo distinguir que se encontraba en una calle. Varios metros frente a ella se encontraban los dos humanos, el hombre que había logrado sacarla de sus ensoñaciones y la adivina a la que él amaba.

Aquello le pareció por demás curioso, sabía que para la adivina, si estaba bien entrenada entrar al mundo de los sueños no representaría ninguna proeza, sin embargo, Gerald era un hombre, y a pesar de que para ella fuera extraordinario y el objeto de sus deseos, no era razón para que pudiera colarse así como así en un plano diferente al de los seres humanos.

Estaba valorando si debía acercarse de nuevo hasta Gerald y terminar lo que hasta hace unos momentos estuvo a punto de hacer. Pero entonces se fijó en lo que ambos estaban viendo...

Un escalofrío muy humano la recorrió...

Eran ellos, de eso no cabía duda alguna, Gerald y Abby, o como fuera que se llamaran en ese momento caminaban de forma despreocupada por la

cera de aquella oscura calle, iban tomados de la mano y de vez en cuando giraban su rostro en dirección al otro para darse un beso.

Ella usaba un hermoso vestido corto, la pedrera de fantasía atrapaba la poca luz de la calle y emitía pequeños brillitos, Gerald iba de esmoquin y por lo que parecía habían estado disfrutando de una fiesta.

Aquellas versiones de Gerald y Abby caminaban ensimismados en sí mismos, como si nada alrededor importase.

-¿Acaso esos...?

-Si...

Respondió Abby cortando de una la pregunta de Gerald, ninguno se atrevió a hablar, la visión frente a ellos resultaba demasiado increíble como para que pudieran dedicarle atención a otra cosa. De la misma forma inconsciente su manos se buscaron y se apretaron, el tacto de su piel los reconfortó.

Gerald estaba completamente anonadado, ¿Aquello era un sueño? ¿Era real?, solo le bastó sentir el calor de la mano de Abby para darse cuenta que mientras estaba con esa chica a su lado, todo era jodidamente real.

Abby despegó su mirada por un segundo de la pareja que caminaba en la acera frente a ellos para encontrarse con la cálida y tierna mirada del profesor, sintió una ola tibia recorriéndola por dentro y eso la hizo sentir bien,

ya no tenía miedo, ya podía respirar de nuevo. Cuando estaba junto a él, ella era fuerte.

En ese momento todo estaba bien en el mundo, así fuera solo un sueño.

Entonces escucharon el disparo.

Gerald, Abby, incluso la muerte quien se hallaba invisible entre la penumbra se sobresaltaron al escuchar el fuerte sonido del arma.

La mujer del vestido profirió un grito largo y doloroso, el eco de los pasos del asaltante llegó demasiado tarde a medida que se perdía en la oscuridad y el hombre del esmoquin caía de rodillas junto al cuerpo de su amada.

Agonizaba.

Abby sintió un fuerte dolor en el pecho y entonces comprendió de que se trataba.

Levantó la mirada de nuevo y se fijó en la pareja que ahora entre llantos pedían auxilio, pero nadie acudiría. El ambiente diáfano y vacío de cualquier otro ruido permitió que escucharan lo que los amantes estaban diciendo:

-¡No por Dios no! ¡No!

-Esta... Está bien...

La sangre manchaba el vestido como un mar carmesí que había inundado aquella fina pieza de ropa.

Abby empezó a llorar al ver como la joven del vestido se despedía del mundo.

Gerald miró a Abby y luego a la chica del vestido y entonces lo entendió. Era Abby, y aquel hombre era él.

Como si aquel fatídico descubrimiento fuera el detonante que se esperaba, el ambiente empezó a oscurecerse de nuevo, Gerald empezó a sentirse liviano, como si ya no perteneciera a ese lugar.

Y a medida que los segundos corrían, Abby y Gerald se desvanecían en la nada, el mundo de los sueños ya no guardaba nada para ellos. No fue sino hasta que los dos seres humanos se fueron que la muerte atisbó la verdad.

Mientras aquel hombre que se parecía tanto a Gerald lloraba, el ala de la mujer del vestido se alejaba del cuerpo, ella pudo sentir el dolor que desprendía su aura, y no le resulto una sorpresa cuando vio que una versión de ella misma acudía a escoltar a la recién fallecida.

¿Acaso esto era solo un recuerdo olvidado? ¿Cómo era posible?

El alma de la chica del vestido se alejó junto a la muerte...

Puso mucha atención a las últimas palabras de aquella mujer.

-Por favor, cuídalo. Cuídalo, o permítame que lo haga yo.

-El estará bien.

Respondió la muerte mientras le abría paso a la joven del vestido al otro mundo. La joven se detuvo por un instante para girar y mirar al hombre del esmoquin que ahora sostenía la mano de su lánguido cuerpo.

-¿Sabes que es irónico?

Dijo la chica entre lágrimas. La muerte permaneció impasible ante sus palabras, pero se aprestó a escuchar la respuesta.

-Que aún muerta, el me hace sentir viva.

Entonces todo se disolvió a negro, la visión cerró de golpe y de vuelta en el mundo de los humanos.

La muerte había descubierto el verdadero significado de la vida, estos humanos lo habían descubierto hace mucho y ella apenas estaba entendiéndolo.

El amor, lo único que podía trascenderla. La muerte era nada, y el amor lo vencía todo.

Cap. 5

Enid no perdió el tiempo para interceptar a Gerald en la misma cafetería de siempre. Estaba con la vista fija en su bitácora haciendo anotaciones. Ella llevaba un vestido hermoso color lila y lucía su mirada angelical acentuado un delicioso labial color guayaba que le daba una apariencia de modelo de revista.

—¡Gerald, qué sorpresa! —no tardó en sentarse sin invitación a la mesa y ordenarle al mesero una escandalosa hamburguesa llena de tocino y un refresco frío con papitas grasientas.

A Gerald le pareció una elección que no iba acorde con su esbelta figura, pero supuso que era su desarreglo personal y que no debía decir nada. En cima ordenó una batida grande de chocolate que se saboreó como preludeo a la hamburguesa que no era acta para cardiacos.

—¿Y tu novia? —dijo mientras sorbía de la bebida con una coquetería infernal.

—Abby y yo solo somos amigos. No tenemos nada —dijo Gerald dibujando con distracción sobre la hoja de su bitácora.

—¿Por qué los hombres niegan todo cuando otra chica atractiva le preguntan? A ti te gusta Abby —dijo haciendo ruidos al sorberse toda la batida de un solo jalón de la pajilla.

—¿Cómo puedes hacerse eso de un solo sorbo? —preguntó Gerald fascinado.

La Muerte pidió otra batida de chocolate al ver que se le acabó la gigante que pidió hace minutos atrás.

—¡Hambre vieja! Me encanta el chocolate, el tocino, las golosinas más pecaminosas y tóxicas, la grasa y la gula. Amo los excesos, no tengo freno a la hora de querer satisfacer hasta el último antojo de mi cuerpo Gerald. Siempre tengo hambre en todos los niveles. No puedo parar, son frenética, desenfrenada, arriesgada, libre, dispuesta a los extremos a las emociones más fuertes y fuera de este mundo —pegó un pequeño gemido al imaginarse un pedazo de torta de chocolate que estaba sobre el mostrador e hizo gestos al mesero señalando la torta, pidió dos pedazos.

El mesero le llevó dos platillos pensando que uno de los pedazos era para Gerald, pero ella lo corrigió de inmediato.

—¿Se comerá los dos? —preguntó el mesero con extrañeza al ver que

no estaba presta a compartir.

—A don Gerald le trae un emparedado de atún en pan integral y un jugo de china con zanahoria, no pienso recogerlo hasta dentro de nueve décadas —dijo tomando un trozo de la torta con las manos y comiéndoselo con un gusto muy sensual que le hizo levantar la ceja izquierda a Gerald.

—¿A qué te refieres con que no me vas a recoger hasta en nueve décadas? —dijo cerrando la bitácora para prestarle atención.

—Adoro hacer bromas. Bueno, lo que te dije de mis desenfrenos lo dije en serio.

—Suena interesante. Nunca antes vi a una mujer con tanto apetito.

Llegó oportunamente la hamburguesa y en solo tres mordiscos Enid la desapareció. Gerald se reacomodó en el asiento sin poder creer el talento de la tragona que tenía de frente, que, a su vez, devoró las papitas en solo dos pestañeos.

—¿Enid, es tu nombre?

—Sí, gozas de buena memoria. Consté, que me di cuenta de que tanto tú como tu candidata a novia andaban rascados hasta la última cuerda de la cordura.

—No es mi novia aún debo resolver mis aferramientos con el pasado. Soy viudo —dijo con cierta incomodidad.

—¡Qué puntería! ¿Crees que algo tiene que ver con tu suerte o que es casualidad que seas viudo?

—Mi esposa murió porque era adicta al ejercicio. Una muerte rara, no es muy frecuente los casos de personas que exploten su corazón por darle la vuelta a la pista y tomar grandes cantidades de agua. La autopsia me dejó boquiabierto.

—Entonces ya confirmaste que los excesos son adversos, pero es mejor morir así que encima de una pareja en pleno apogeo. ¿Ya lo superaste?

—La verdad es que eso intento Enid.

—Vas bien con el intento de andar con la adivina. Deberías tener buen ojo para las relaciones largas. ¿No la encuentras muy flacucha? Yo que tú me busco una pareja fuerte, fogosa y tenaz como yo. A mí no me duele nada Gerald.

—Cierto, pareces indestructible. Te comiste todo eso y no tienes el vientre infamado —Gerald no salió de su asombro al verla tan esbelta luego del impresionante atracón que se dio.

—¿Trabajas por aquí? ¿A qué te dedicas?

—Soy coordinadora. Me dedico a la logística. Mi trabajo es administrar el recurso humano. ¡Literal!

—Un trabajo administrativo —dijo él queriendo entender de qué

trataba su empleo.

—Me encargo de la parte más mala del negocio. Jubilo a la gente y también las despiro. Depende de cómo vayan los eventos del movimiento de la empresa. Nunca soy la buena de la película, pero solo cumplo instrucciones —dijo limpiado sus dedos con la servilleta.

—¡Suena que debes ser bien temida entre tus compañeros de trabajo!

—Ufff, no tienes idea de cuánto. A veces me siento fatal, pero es mi rol y tengo ardua experiencia en eso. ¿Qué harás esta noche?

—No he pensado. ¿Quieres ir por una copa? ¿Crees que a Abby le importe?

—Ya te dije que Abby y yo solo somos amigos.

—¿Te interesa la chica? —preguntó con tono directo y medio juguetón.

—¡Si que eres directa! Es muy bella, simpática, inteligente y me cae bien.

—No te pedí los atributos. Te pregunté directamente si te gusta.

Gerald visiblemente incómodo sonrió ante la pregunta y meditó al respecto.

—Es muy pronto para nosotros. Hace tiempo la observaba, pero parecía tan ofuscada en sus propios pensamientos que no supe cómo acercarme hasta

hace tres días. ¡Llevo más de cuatro años frecuentando este sitio! ¿Qué te puedo decir? Así somos los tímidos.

Enid lanzó una carcajada estruendosa con su confesión. Le resultó un juego infiltrarse en los planes de ambos de reunirse nuevamente. Sin que Gerald pudiera dar una negativa coordinó verlo a las 8:00 pm en el teatro. Ese día el reloj de alguien del elenco del Cisne del ballet caería redondo en sus brazos en el escenario. No quería ir sola a la cita y decidió invitarlo. Él, acorralado ante la propuesta, aceptó conforme al no saber decir no. Supuso que era el momento de abrirse camino a circular otra vez como el soltero que era. Abby no era nada suyo y la lealtad le resultó prematura. Ciertamente sentía una atracción, pero no estaba seguro de ser del entero agrado de ella dado a que se mantenía en una actitud extraña y reservada.

Abby llegó a su casa solo para observar que no sabía nada de Gerald y era insoportable tener que discar su número para hacerle saber que ya lo extrañaba. Al menos su mente estaba maquinando sobre cómo iba a persuadir a la muerte para escaparse de su lista. Se quitó el atuendo que para meterse a la ducha y bañarse de forma apresurada. No estaba segura cómo sería su muerte y supuso que hasta un charco de agua podría ser el escenario de una caída. Todo le pareció un posible accidente y hasta se cohibió de subir las escaleras por miedo a rodar por ellas. En su mente estaba Gerald y las ilusiones que le hacía poder conocerlo a profundidad. A su vez la horrible

voz de ultratumba de su difunta esposa también le sobresaltó el corazón. Todo lo veía tan complicado que se abrumó al instante. Debía sacara a la muerte y a la muerta de su camino.

Ninguna otra persona entendería su odiosa tanto como Hada Smith. Decidió vestirse y salir rumbo a su casa porque ya la situación empezó a incomodarle al punto de requerirle otra mente maestra para pensar en una estrategia. Estaba colmada de ansiedad. Más sabiendo que Enid, era letal para sus planes de seguir adelante con su intención de abrirse al amor. Ya los ruidos de su propia casa y las puertas cerrado y abriendo solas, le resto importancia e interés.

—¡Almas en pena, ya lo que tenías que resolver en vida se quedó tal y como lo dejaron! No puedo ayudarlas, vayan a luz y dejen de mortificarme —dijo Abby con firmeza y las puertas dejaron de azotar.

Se puso un pantalón corto, ató su pelo con una cola de caballo, se puso las camisa y sandalias tomó su bolso y fue rumbo a la casa de Hada Smith.

Su maestra la recibió de espalda diciendo su nombre con efusividad. Estaba preparando una deliciosa tarta de cereza en la cocina. Los avanzados no debían pedir permiso para entrar a la escuela, bastaba con saber el código de la cerradura y esperar de rodillas dentro del círculo para hacer consultas.

Un soplo del viento agitó las velas de la sala. Así era el poder de Abby. Llegó desequilibrada y ansiosa. Su maestra puso la tarta en el horno y caminó al círculo viendo el aura gris de Abby.

—¿A caso estás enferma querida?

—¡Maestra sé lo que ocurre, pero explicarlo es lo que aún no me creo yo misma!

—Abby no me gusta el color de tu aura. ¿Qué haz comido? No debes ingerir cerdo ni vaca. Mucho menos comer caldo de gallinas angustiadas. ¿Qué tienes?

Hada Smith escaneó su energía con las palmas de las manos y notó que sus chacras estaban fuera de calibre. Al ver sus ojos le vio la mirada nublada en lágrimas y se le echó a llorar en el hombro.

—¡Voy a morir maestra!

—¿Cómo que vas a morir?

—Los naipes están en blanco. La bola de cristal muestra lo mismo. Me he quedado sin destino y no he vivido casi nada fuera del círculo —la maestra tomó una gota de sus lágrimas y la tiró al centro de la estrella. Esta se evaporó humeando el centro de la estrella y confirmó que la muerte la perseguía.

Hada la abrazó fuerte, y seguida, sacó de su bolsillo un polvo que

esparció con prontitud y al segundo apareció Enid fuera del círculo.

—¡Malditas brujas! —dijo a viva voz sin poder penetrar el anillo de fuego blanco que las protegía —no son cosas de Dios. Ustedes son una plaga. Almas que se robaron las claves divinas para salvar lo insalvable ¡Son unas entrometidas!

—Somos espíritu avanzados y no vamos a jugar el juego de los superegos de los dioses. Sabemos la verdad y nos permitieron nacer. ¿Qué culpa tenemos de eso Enid? —dijo Hada elevando su aro de luz.

—¡Bien pudieron quedarse en el estatus de ángeles y no bajar a la Tierra nunca! No se supone que nacieran. ¡Plagas! ¡Ladronas de luz! Son las hijas de Ketschy y tataranietas de la peor hembra de su especie. ¡Ustedes son la estirpe de la misma Lillith y son demonios en potencias si me rehúyen!

—¿Cómo que las hijas de Ketschy? —preguntó Abby con extrañeza.

—Esa es una desafiadora de la ley. Abrir el tercer ojo de las personas es romper equilibrio. Las mentes deben tener limitaciones para evitar que superen la fuerza.

—¿Entonces es un asunto de aniquilación? ¿A caso van a revivir la cacería de brujas? —preguntó Abby tomando fuerza sujetada de la mano de su maestra.

—No sé quién es Ketschy —susurró Hada al oído de Abby.

—Te explico luego, yo sí —Abby vio su reloj en la muñeca de Enid.

La Muerte estaba llena de ira e intenta entrar al círculo del fuego blanco pero no puede penetrarlo.

—Tendrán que rendir cuentas delante del supremo y no habrá forma de justificarse. Rompen la naturaleza humana, me atan de manos y piernas, juegan con mi rol. Delitos suficientemente poderosos como para que borren sus almas porque ni el infierno las puede aplacar.

—Enid, ve por otros. Hoy no podrás tocar el alma de Abby y menos la mía— la maestra le inyecta más luz al fuego y la muerte dio un alarido de furia y desapareció.

—Maestra, no entiendo por qué me quieren eliminar el mundo. Nunca he usando mis conocimientos para herir a nadie.

El poder de Enid estaba centrado en la omnipotencia, podía desdoblarse y estar en todas partes. Lucía muy atenta al teatro en el palco, disfrutó del recital y tan pronto la primera bailarina dio las reverencias, recibió los aplausos, al caer la cortina, Enid detuvo el reloj de su muñeca al saborear el recuerdo del sabor de la mejilla de esta. Los aplausos opacaron los gritos del elenco ante la emergencia de ver a la primera bailarina desfallecer en el escenario. Nadie se dio cuenta. El público aplaudió de pie. Seguido Gerald la

condujo por las butacas rumbo a la fila de la salida. Al salir del gentío una mujer vivaracha y feliz se irradió en su semblante.

—Amo al Cisne. Es tan hermoso el ballet. Creo que es una gran pérdida perder talento nacional con tan buena función que hizo. Al fondo se oyeron las sirenas de ambulancias y Enid sin ningún pudor, se amarra al brazo de Gerald hasta llegar al auto. Trató de que Gerald no se percatara del desastre tras bastidores. Abrió paso entre el bullicio amparada en sus poderes y salieron sin dificultad del tráfico.

—Veo que te encantan los escenarios.

—¡Espectacular! ¿A dónde vamos ahora? La noche es joven al igual que nosotros— propuso Enid con la sonrisa espléndida.

Gerald estaba considerando seriamente en dejarla en su casa y volver a la suya. Sintió remordimiento por no saber nada de Abby durante horas y hasta le pareció una barbaridad estar de paseos con Enid. Encontrar cómo deshacerse de ella se le hizo difícil. Ella sugirió comer helados y dar un paseo nocturno aprovechando la brisa de la noche.

—La verdad es que estoy cansado. No he dormido bien y quisiera dormir temprano para reponerme de las noches rotas —dijo tratando a toda costa de no parecer grosero.

—¡Gerald, necesitas aceitar tu maquinaria social! No seas así de

aburrido. Debemos comer ese helado y dar una vuelta por la vía nocturna a contar estrellas.

—Ya vi las estrellas ayer con Abby —dijo con tono molesto.

—¡Ay! ¿Qué tienes? ¿Te sientes incómodo conmigo? De acuerdo. Pues llama a Abby y comemos helado los tres. Ambas somos tus nuevas amigas y solo quiero que la pasemos bien. ¡Vamos por ella a su casa!

—¿Aparecerme así sin avisar?

—¡Gerald, esas son las mejores propuestas, las espontáneas, las que no se pensaban que podía pasar! Si quieres conquistar a una mujer debes ser experto en improvisaciones.

—No somos adolescentes. Somos adultos con carrera y responsabilidades.

—Gerald, la vida es pasajera y debes disfrutarla. ¡Confía en lo que te digo! Uno nunca sabe cuando es su última noche de vida. ¡Vamos por Abby! Ella me cayó bien.

—Me pides cosas descabelladas.

Fue tanta su insistencia que terminó dejándola frente al mismo club donde se conocieron el día anterior. La dejó allí plantada porque no soportó su efusividad. Primero protestó como niña malcriada. No le pareció normal su insistencia y era tan avivada que hasta le dio vértigo seguir oyéndole la

VOZ.

—¿Qué clase de caballero eres? —dijo Enid con expresión de asombro.

—Uno con la armadura oxidada. Estoy cansado y tengo derecho a decirlo. Si deseas ser mi amiga, debes saber que no tengo tu ritmo.

Enid lo miró con desaire y, por primera vez, se sintió como una damisela

—¡Gerald, tengo que rescatarte de la aburrición! Eres un caso crónico de mesura, frialdad y distancia. Gente como tú llega viejo lamentando no haber hecho locuras —volvió a subir al auto y lo miró a los ojos —Me hablaste ciento doce veces de la tal Raquel y ciento veinte siete de Abby y lo gran amiga que es. Entiendo el aferramiento con tus memorias. Lo que no entiendo es: ¿por qué le guardas pleitesías a alguien que es tan ajena a ti como yo! Tienes mal ojo con las mujeres. Deberías fijarte en genes fuertes como los míos. ¡Soy inmortal! Nunca me rindo y siempre voy detrás de lo que quiero a la velocidad con que lo quiero.

—¿Qué es lo que quieres Enid? —preguntó Gerald con cierto nivel de diversión.

—Quiero que pases la página y vivas. Raquel no volverá y Abby es incierta. ¿Crees que está interesada en ti?

—¿Me vas a dar consejos de conquista? —Gerald se ríe de los coqueta

y contradictoria que es Enid. Por un lado, le habla de Abby y por otro, muestra sus atributos sofocadores que hacen sudar al pobre hombre.

—Si yo fuera ella, no hubiese perdido la oportunidad de probar tus labios. Bebérmelos como juito de mora. Ese calor tan sensual de tu presencia ya yo lo hubiese consumado sin pudor alguno. Bajo las estrellas, sin importarme nada más que vibrar en ti y hacerte entender que la vida es entregarse a las pasiones.

Las palabras de ella le parecieron un poema incitador y su mirada rabiosamente ardiente lo hace salivar de angustias al sentir el impulso de dejarse arrastrar por su sensualidad. Hizo todo lo que se le ocurrió para no caer en los brazos de esa hermosa mujer. Era perturbador sentir ese deseo de sucumbir a sus propuestas de vivir una noche loca entre sus brazos. Se pensó a sí mismo como un arma amarrada a principios sólidos de lealtad a un amor imposible. El amor que sentía por Raquel era un verdadero eslabón para seguir adelante. Se echó hacia atrás cuando Enid se aproximó a besarlo.

—¡Eres increíblemente bella, pero mañana tengo trabajar y es mejor que te deje aquí y retomemos esto luego!

—¡Gerald, alinéate! Tu casa es grave. Solo quiero darte un mensaje contundente. No puedes quedarte esperando a Raquel. Alguien debe ser sincera contigo. ¡Estás perdiendo el tiempo! Ya no eres viudo, sino soltero. El

luto demasiado prolongado te resta energía existencial. ¡Hasta yo lo sé! No se supone que te diga estas cosas. No es porque es nuestra primera cita. ¡Créeme, no he tenido citas así de hermosa y majestuosa que soy! Realmente eres alguien que me afecta. Quisiera poder explicarte mis emociones con total franqueza, pero eres la primera persona que deseo tomar en serio. ¿Te suena raro lo que digo? Mi trabajo es un reto diario, soy insensible, cumplo con mi deber y me esfumo.

—¿Eres prostituta? —preguntó Gerald sin tapujos.

—¿Prostituta? —Enid lo pensó y explotó en carcajadas —¡No, hombre! Para colmo eres conservador al punto machista. ¡Qué sigo tan desolador! Estamos a punto de cambiar al siglo veinte dos y aún las mujeres no puede ser libre de decir qué quieren, dónde y cuándo lo quieren. ¿Te fijas? Ahora entraste en zona del machismo conservador. No te estoy seduciendo Gerald. Te estoy enviando un mensaje directo del universo. ¡Raquel no va a volver y Abby es un ave de paso! ¿Por qué no sales de tu encierro criatura? Activa tu lívido, sé cerdo como los demás hombres que atosigan con mentiras a las demás mujeres solo para vivir su experiencia carnal.

—¿Cómo puedes aconsejarme eso Enid? Disfruto mucho no ser como los cerdos de la selva humana. A mí me educaron para ser feliz, armar un hogar y dejarme de creer que soy un semental que viene a poblar a la Tierra de gente con el apellido Simone. Mi madre era una mujer muy recta y crecí

en un hogar que sí funcionaba. ¿Ahora me dices que ser como soy es desperdiciar mi vida? —Gerald no paraba de reír.

—No es tan así, pero algo así. No soy diestras en asuntos de la vida, pero sé exactamente lo que pasa cuando alguien pierde el tiempo. Pasa que sufre y no pueden aceptar sus antiguas decisiones. Eso me da un trabajo horrible. A veces tengo momentos de reflexión y puedo ponerme en el lugar de otros. ¡Duele, mucho ver cómo las almas se regodean y lamentan por haber pensado que sus vidas era un libreto de principio afín preconcebidos por las divinidades! ¡No hay agenda! La única que tiene agenda soy yo. Soy como la fecha obligatoria que debe estar en los alimentos para asegurar su frescura.

—¡No entiendo tu punto Enid!

Ella se desespera al verlo tan arraigado en su postura conservadora y al momento lo besa solo para sentir sus labios humanos y llora cuando ese beso le narra todo el dolor que siente tras la muerte de Raquel. Tanto que de golpe siente que le nace un corazón que le hormiguea en el pecho. Sintió que desvariaba al sentir los latidos. Gerald la sujeta al verla empalidecer y ella lo mira con dolor.

—Lo siento tanto Gerald. Perderla fue horrible para ti y ahora es que entiendo la crueldad de la existencia. ¿Cómo puedo ayudarte a sanar? No soy

adecuada para esto, pero siento que es mi deber intentarlo. Me siento terrible por ti. Jamás me había detenido a analizarme de este modo.

Gerald en total confusión no supo cómo lidiar con la culpa que gesticulaba en el asiento del pasajero. Enid entró en una fase de maldición y se sujetó el pecho como si el propio corazón le estuviese dictando las culpas.

—Yo no entiendo a las mujeres. Me esfuerzo por entender de qué hablas y francamente estoy perdido —dijo Gerald y le sujetó la mano al verla tan afectada.

—Raquel significaba todo para ti. ¿Cómo puedes ser tan fuerte? Te juro que la vida es más cruel que yo. Esto de tener un rol tan pesado sobre mis hombros hace que tenga que ver las emociones humanas a distancia. Tú me haz hecho entender lo horrible que soy y que merezco consumirme en mí misma. ¿Cómo puedo huir de mí? Aniquilarme, dejar de ser o dedicarme a otra cosa. Mi naturaleza es vil. ¿Entiendes? Soy un repudio completo y lo acepto. No era mi intención porque la intención me fue dada sin explicaciones. Solo hago mi deber y ya. Siento algo tan raro por ti.

—¿Tan pronto? Apenas nos acabamos de conocer. ¿No crees que debemos tomar las cosas con más calma? Si te hace sentir mejor. Te puedes comer cinco helados. Eres increíble. Admito que me tienes colmado de curiosidad y me pareces fascinante.

—No soy fascinante Gerald. No soy nada de lo que puedas imaginar. Ahora sé que tampoco ya gozo de imaginación porque no reconozco el dolor hasta que te conocí.

Gerald vuelve a levantar su ceja izquierda con total sin poder procesar bien los estados anímicos de esa extraña mujer de pechos firmes y belleza asombrosa. Era un sueño verla respirar a su lado y sentirle el pulso al sujetarle la muñeca de su mano. Pudo sentir que ella estaba inmersa en una excitación que lo dejaba extenuado al resistirse a ella. La doble pasión tendió un abismo descomunal entre ellos. De haber proseguido en el instinto la hubiese amado en ese preciso momento con toda la fogosidad de haber estado sin tocar el cuerpo de una mujer por tanto tiempo, pero según avanzaba a corresponderle la ferocidad de su acercamiento afectivo más parecía herirla. Estaba frágil como si fuera una convaleciente de una fuerte jaqueca.

—No me toques. Mantente en tu asiento. No puedo con este corazón nuevo que me late. No se supone que me pase esto. Me siento totalmente indefensa ante ti.

—¿Por qué dices eso Enid?

—Me gustas demasiado Gerald, eres una creación alucinante. No debí acercarme a ti nunca.

—¿Te arrepientes de conocerme? —dijo Gerald retomando su postura

en el asiento del conductor.

—Explicarte mi esencia nos tomaría muchas vidas y no tienes tiempo para eso. Solo prométeme que lucharás por entenderme y no me huirás cuando quiera acercarme a ti en el futuro. Ya siento que me hiciste mucho daño con ese beso.

—¡Pero fuiste tú la que me besaste! —dijo Gerald confundido.

Enid lo miró fijo a los ojos y sin pensarlo dos veces volvió a besar su boca sin saber que bebería el dolor de su alma en ese precioso momento. Estaba extasiada con el sabor de su vida. Se dejó llevar por el corazón nuevo que le retorció su capacidad de análisis y como si fuera un germen indestructible, el amor a Raquel le entró en la tráquea hasta hacerla perder la cordura. Echó el asiento hacia atrás para dejarse besar por ella y un raro alivio lo dejó flotando en sus brazos. El dolor le abandonó en ese precioso momento y Enid pareció marchitarse de placer al sucumbir en sus brazos.

—¡Eres hermoso Gerald! Tu alma es perfecta, no hay forma de no amarte. Eres espléndido. Debes saber olvidar y continuar hacia adelante — Enid posó sus dedos sobre sus labios mientras él se dirigía a ella.

—Me siento mejor gracias a ti —dijo besándola una y otra vez hasta enloquecerla de deseos.

—¡No sigas! —dijo con frágil firmeza Enid se le borró el presente en la

ofuscación cósmica de pasear por las edades de Gerald.

En su visión vio cuando lo dejó huérfano de padre y madre el día que se los llevó en un accidente en el expreso donde recogió las almas sin darle oportunidad a las paramédicos de revivirlos. Allí vio al niño solo con la carita llena de sangre y se fugó en su carruaje sin importarle la orfandad que le regalaba. De no haber hecho eso, Gerald no sería Simone sino un Blair. Hubiese crecido en un hogar disfuncional de padres alcoholizados. No hubiese sido adoptado por los Simone que lo colmaron de amor y una educación de primera. Si ella no hubiese cumplido su deber, el no fuera el hombre maravilloso que la colmó de besos que le entraron al centro del eje espiritual para entregarle los laberintos de su consciencia. Donde se vio a sí misma en diversas escenas. Donde le robó gente importante solo para que el recuerdo le indicara el camino a sus verdadero yo. Él era un altruista social, se dedicaba a fortalecer el pensamiento lógico en otros. Era el educador de líderes, su propia vida estaba al servicio de la evolución. Sospechaba la verdad y se acercaba a ella con su bitácora de análisis. Su vida entera estaba concentrada en decodificar los secretos del mundo. El amor al conocimiento también iba a la par con el amor por Raquel. La muerte fue por sus edades a verse a así misma como verdugo y movilizadora de la ley divina. Él debía proliferar la ciencia, pero no pasar los lindes de ese conocimiento. Todo estaría en orden si no llegaba a mostrarle los diagramas de sus

investigaciones a Abby, quien con el don robado de las bandejas de la luz, fomentaría el desastre en el equilibrio del planeta. Ella combinada con las almas desaforadas de la luz, fomentaría un adelanto desastroso en la consciencia humana y había que evitarlo.

Enid recuperó su estado de frialdad al concluir el beso.

—¡Bastas Gerald! Yo no soy adecuada para ti —dijo y se apartó de sus brazos con renuencia y compuso su vestido, el cabello y limpió sus labios con los dedos.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó sin entender la distancia que propuso luego de haberse mostrado dispuesta.

—No puedo tener una relación formal. Estoy demasiado ocupada. Creo que lo mejor es olvidar los helados y de paso olvidarme a mí —dijo posándole un dedo huesudo en el tercer ojo para borrar el encuentro.

Al abrir los ojos Gerald vio que estaba en su cama y eran de madrugada. Le pareció extraño el sueño. Luego sintió la presencia de alguien en su cama y al prender la luz vio el lado de Raquel hundido como su ella misma estuviese a su lado. Miró la cama con espantó y salió de la habitación impresionado con sus sospechas.

Cap. 6

Caminar con miedo y sobresalto era la forma con que Abby tomaba su día. Miró que no hubiese obstáculos en el suelo. Su aura era gris como si estuviese enferma de gravedad. La pudo ver extendiendo las manos hacia el frente y concentrándose. Puso el polvo que su maestra Hada Smith le dio para aplazar el acercamiento de la Muerte. Ambas llegaron a la conclusión de que sus poderes habían crecido a nivel de incomodar a la fuerza suprema. Miró los alrededores y el celular sonó y sonrió al saber que era su madre.

—Ma...hola mamita. ¿Cómo la estás pasando?

—¿Qué tal tú? Mi preocupación es saber si comiste —preguntó doña Iris con tono consentidor.

—¡Nada de cerdo, vaca ni gallinas angustiadas! ¿Qué tal están las tías?

—Insoportables, no paran de quejarse porque no viniste. Le expliqué que ya eres adulta y te mandas. Tengo tres pellizcos de regado para ti. Estamos horneando galletas y voy al mercado en busca de extracto de vainilla porque se nos acabó.

—Tráeme de esas galletas. Todo va bien. Adivina quién se hizo amigo mío.

—¿Amigo tuyo? Jumm, no tengo idea de quién puede ser. No me digas que el muñecote de la cafetería que nos roba el lugar si no llegamos temprano.

—¡Ese mismo! Se llama Gerald y es profesor de la universidad de a dos cuadras de aquí. ¡Mami...es un viudito precioso! Creo que está hasta en adopción si me pongo las pilas.

—¿Cómo que viudo? ¿De qué murió su esposa?

—No sé. Madre, me parece una relación posible pero medio complicada.

—¿Hace cuánto enviudó?

—Su esposa aún sigue habitándolo. ¡La vi!

—Hija, ¿entonces cómo esperas que funcione?

—¡Yo le caí fatal! La pobre no sabe ni que está muerta. No sé, tal vez debo cruzarla al otro lado. Después de todo esa es una de mis especialidades.

Al decir eso un fuerte estremecimiento se sintió en la casa y Abby guardó silencio.

—Siento que debo estar cerca de ti. Sé que eres adulta, pero sé que yo tengo que apoyarte en todo. Sé que sabes lo que haces, solo mantente relajada y no le des poder a nada hija. Este es tu plano y solo pueden tocarte sin le das poder. Eso dijo tu maestra. No lo olvides.

—Madre, espero, la pases bien y no te preocupes por mí. Me las sabré arreglar.

—Abby, pero no te ofusques con la difunta. Cierra tu canal, no te prestes a accidentes de invasiones. Es un hombre viudo y no casado. Si te sientes culpable o que no mereces estar con él, acabarás por sentir la ira de ese espectro. No olvides tus lecciones.

—Nunca antes había tenido que enfrentar algo de estos para asuntos que tenga que ver conmigo misma.

La casa siguió estremeciéndose un poco más fuerte.

—Hablamos luego... voy a desayunar.

Abby, apaga el celular para dirigirse a las almas que había entrado en estampidas a hacer fila en el corredor.

—¡Me estoy cansando de cómo invaden mi privacidad!

Dijo molesta y al asomarse al pasillo los desencarnados la miraron agrupados como una asamblea de zombis.

—Tienen que entender que tienen que ir a la luz y no estar aquí en mi pasillo todos los días mortificándome.

A pesar de las sugerencias airadas que hizo, los fantasmas parecían tristes y urgidos de atención. Nunca antes se habían congregado de esa forma y los miró con sorpresa.

—¿Cuál es la urgencia? ¿Qué quieren decirme? —los miró, pero todos

se esfumaron a la vez y supuso que era un mensaje de que pronto se cerraría su canal al unirse a ellos. Debía salir de la casa cuando antes y volver a ver a Gerald. Después de todo, debía encontrar la forma de sincerarse con él y explicarle que su soltería estaba fundamentada en eventos paranormales. Él era parasicólogo después de todo y entendió que fingir ser quien no era solo para parecerle una mujer normal era un grave error. En ese preciso momento lo necesitó como profesional más que como amigo. Era cuestión de ir paso a paso con la conversación y todo se haría más sencillo entre ellos. Debía decirle que Raquel estaba estacionada en el plano de alma en pena. Dejarla así sería tormentoso para los tres. Adivinó que, de tener futuro era con él y hacia esa meta se dispuso a ir para toparse a mitad de acera con él mismo Gerald.

—Iba a buscarte a la cafetería.

—¿Con todo y bata? —dijo señalando el atuendo de Abby.

Ella se vio en baby doll en la calle y no pudo disimular su ansiedad de verlo. No sabía cómo resolver el desliz y terminó desarmada en risas. Ambos se rieron a carcajadas como si el despiste hubiese aflojado toda la rigidez que había tenido hasta el momento.

Al entrar, él no pudo evitar mirarla a los ojos y ver esa mirada que lo dejó extasiado mirando su boca. Ella sintió que ya no podía evitar su

acercamiento. Ya nada podría frustrar ese momento especial. Mirarlo de lejos por cuatro años espiando cada una de sus sórdidas meditaciones frente a su bitácora y el café, la hizo pensar que el tiempo era relativo. Gerald estaba colmado de deseos por besarla y no estaba seguro si en ese momento con un beso podría manejar el deseo irracional de tenerla en sus brazos y respirar el delicioso aroma de su perfume. Sin meditar mucho, el impulso fue acercarse a su boca y rodearle la cintura hasta besarla suave en espera de que el beso no fuese a perturbarle la paz de alguna manera. Era incontrolable ese fuego instantáneo que se armó entre ellos. Una ferocidad los confinó a un abrazo que luego fue una camisa al suelo, seguido de dos pares de zapatos, calcetines, correa, pantalón, ropa interior y al último, la baby doll de seda que traía puesta Abby en plena acera como si el inconsciente la empujara a él sin posibilidades de esquivar más la fusión pasional.

—Así estás perfecta —dijo besándola apasionadamente y Abby le correspondió como si ese momento fuera la oportunidad de jugarle un naipe de estocada a su destino.

Aún no se robaba su reloj de la vida, pero estaba decida a ir por él, luego de sentir que el ánimo y aura de Gerald era otro, perdió toda inhibición hasta volverse más fiera de lo que pensó que actuaría. El estaba resuelto a amarla y ya no sentía la pesadumbre de su energía de viudo, sino que estaba dispuesto a darse por completo sin llevar carencias ni arrastres al momento.

Estaban ahí enjaulándose en caricias desesperadas y, al fin Abby, atrevió ha dotarse de libertades para vivir a sus anchas en los brazos de él. Dos amantes se arrastraron con fiereza por el pasillo, sin coordinar movimientos, solo abrazados en su excitación y en la emergencia existencial de sentir la piel del otro con total devoción. Así de libres, se entremezclaron en un combate de gemidos que no fue reemplazado con palabras, sino con besos llenos de colapsos, quejas y la sorpresa de tener a una virgen en sus manos. Entonces fue más lento para no incomodarla en el proceso. Ese dolor tenue de abrir su entraña a él, la hizo dar alaridos que fueron sofocados en su boca. El dolor más contradictorio jamás experimentado, se apoderó de su intimidad y luego de sentir un dolor rarísimo que a la misma vez la hacía vibrar. El ritmo pareció sacudir la madera de la casa como si en el acto estuviesen sacudiendo hasta los mismos ejes de la tierra. Nunca antes había experimentado un placer tan desesperante.

Abby no paraba de aferrarse a la existencia entre el peso de Gerald, quien sintió que todo el manto de sus penas y pérdidas de tiempo, se le fueron de alma. Estaba al fin renaciendo su propia luz interior en los brazos de Abby. Mientras estrenaba el cuerpo de una verdadera eminencia en ciencias ocultas. Se sintió afortunado, dichoso y pleno detener esa cintura entre sus manos y el mentón rasposo de su quijada besándole el cuello. Con el movimiento de sus cuerpos el paquete de cartas del tarot cayó en la columna

y el naípe de la emperatriz saltó del empaque al suelo.

La Muerte estaba furiosa al no poder cumplir la agenda y se arrepintió de la debilidad de darle más tiempo a Abby. Debió llevársela a la primera oportunidad sin sentir clemencia alguna de ninguno de los dos. El dolor en el pecho la traía colmada de nuevas preocupaciones. Trató de arrancarse el corazón del para no tener ese ruido insoportable de los latidos infestando su oscuridad.

—¿Qué mal es este? ¿Cómo es posible que hasta yo tenga defectos? — dijo sumergiéndose la mano en el pecho hasta pescar el corazón con sus huesudos dedos, pero este volvió a sumergirse solo dentro de ella y cayó de rodillas al suelo al sentirse enamorada de Gerald.

La desesperación puso a la muerte en posición fetal repasando todas las veces que ha visto a Gerald correr hacía el peligro y cómo huía para no llevárselo solo por el hecho de que le gustaba verlo jugar, correr y el sonido de su sonrisa. Debía admitir que ese mortal era su favorito y no quería destrozarlo porque era indescriptible lo hermoso que era verlo dormir y lo difícil que fue quitarle lo más que amaba. Ahora que estaba a solas y sin ninguna otra cosa que hacer excepto pensar en él. Supuso que fue la envidia la que la llevó a arrebatarse a Raquel del lado.

En ese mismo momento fue llamada a capítulo por varios miembros celestiales que irrumpieron su espacio con sus enormes cuerpos para convertirla a ella en un punto negro entre tanta luz inmaculada.

—¡Es una vergüenza que sufras esta debilidad! —dijo una de las voces de la luz cercándola —¡No es nada bueno lo que te está pasando! A esta hora haz incumplido tus deberes principales y es increíble que te arrincones a consternarte por un hombre. ¿Por un hombre Enid? ¡Eres la muerte, no Julieta! ¿Desde cuándo te sientes con derechos humanos? Se te ha dicho millares de veces que humanizarse trae consecuencias. ¿Por qué te pones la piel humana encima?

—Su fenómeno de luz es la culpable. ¡No quiere venir conmigo! Me ha burlado. Esta rodeada de guías y consejos que hacen que mi trabajo sea imposible.

—¿Te das cuenta del desorden que se aproxima si Abby se junta con el profesor Gerald Simone? ¡Es un desastre de vida o muerte! Era tu deber llevártela hace una semana atrás. ¿Cuál es tu clemencia?

—Diga allá arriba que un hombre no debe perder tantas veces en la misma vida. No tenía idea del dolor tan grave que sintió Gerald cuando me robé a su Raquel. Entonces Abby apareció e insiste en hacer su voluntad sin importarle perder la vida eterna. ¡Es lo que pasa! Los humanos no sabes de

otras continuidades que no sean las que ya conocen. ¿Quiere que me meta otra vez en esa vida y la lastime?

—Besaste a un humano. Si duermes con él, te mata. ¿En qué estabas pensando Enid? ¿En qué? No haces más que ponerte la piel y con ellas todas esas emociones irracionales. ¡Qué avergüenzas! Era lo que mantiene la renovación y te corresponde seguir instrucciones.

—Todo esto es culpa de doña Ketschy. No puedo verla. No sé cómo evitar la ira del supremo cuando se entere que una mortal me engañó.

—¡Nos haz salido inocentona y tonta después de todo! Ya con los avances de la ciencia corres el riesgo de ser una mancha en el espacio. Trata de resolver todos los cavos sueltos que tienes en la Tierra. ¡Todos Enid! Te dieron deberes demasiados importantes como para que se te ocurra fallarle al balance. No te corresponde ningún privilegio más allá de servirle al equilibrio.

—¡Suplico me arranquen el corazón! ¡No soporto su sonido! Nunca antes había probado el beso de un humano. Solo quise ver un poco de eso lado de la existencia. Darne cuenta de por qué me desprecian la mayoría de las personas. Es que la vida es interesante y como nunca he estado de ese lado, quise saber un poco de lo que mi trabajo encierra.

La luz entró a su pecho y le removió el corazón hasta destruirlo. La

muerte se dejó caer en al suelo aliviada.

—¡Haré cumplir la agenda! —dijo y las luces se disiparon.

Enid se levantó del suelo, sacudió su vestido que era igual al manto del espacio con la cara sin antifaz era el infernal vacío, se quitó la piel humana y tomó su aza con firmeza dispuesta a buscar a los espíritus de avanzados que se le había escapado al robarle el reloj de vida. No estaba en su rol dejarse derrotar por los caprichos humanos ni tampoco le correspondía centrarse en la clemencia de ningún modo. Debía cumplir su rol y punto, sin miramientos ni flaqueos.

La luna de miel de Gerald y Abby se inició con emociones fuertes. Quedaron fascinado el uno con el otro. De modo que ya no escuchaba voces ni sentía la presencia de seres desencarnados a su alrededor. Por primera vez Abby sintió que en su habitación solo eran dos. Ella y Gerald. Un huésped mimado con el cual fue a la tina para repetir la entrega otra vez. Luego del almuerzo y una conversación amena de recuerdos universidad, volvieron a amarse otra vez hasta quedarse dormidos profundamente.

Abby estaba resuelta durmiendo sobre su pecho cuando sintió que algo la halaba por los pies. Raquel estaba sujetándola y arrastrándola por el pasillo para confrontar su entrometimiento. Al abrir los ojos y toparse con ese

espectro tuvo una fuerte batalla para liberarse.

—¡Eres una cualquiera! Ese es mi esposo.

—¡Estás muerta! No puedes hacer nada para recuperarlo mujer. Ya pasó tu historia en esta vida y debes dejarlo en paz.

—¡Yo no estoy muerta! ¡Deja de decir locuras! La muerta eres tú.

Raquel le dio una bofetada y la tomó por el pelo para darle su merecido.

Gerald se puso de pie al verse desnudo y solo en la sala y fue por Abby al no verla a su lado. Pero antes se topó con las fotografías de cuando era niña. Entonces vio que todas tenían un destello de luz en la imagen. Sacó su celular y al repasar las fotos del parque, vio que el mismo destello se repetía foto tras foto. Otra vez el frío se apoderó de él. Se frotó las manos contra el cuerpo para observar a su alrededor toda la decoración mágica de la sala. Le encantó los frasquitos llenos de polvos de colores, varas mágicas de diversos tamaños, así como un tablillero con presuntas lociones para todo tipo de efectos.

Era un lugar lleno de campanitas de varios tamaños y hermosos quemadores de incienso. Se tomó la libertad de encender uno. Los sacó de una de las cajitas donde lo clasificaba por emociones. Encendió el que indicaba amor eterno. Ese le pareció adecuado para la ocasión, eso pretendía. Estar nuevamente bajo el amparo de algo duradero en donde pudiera recobrar

la sensación de estabilidad.

Le llamó la atención de que los cerillos tenía la llama rosa. Sonrió al ver el increíble efecto de esos fósforos. El incienso pareció echar chispas mágicas. Lo puso en el lugar donde al quemarse caería las cenizas en un canal de exquisita madera.

Al asomarse al pasillo, quedó paralizado cuando la vio desnuda peleando con lo invisible y la vio elevada en el aire como si alguien la estuviese aventado contra la pared.

—¿Qué pasa Abby? —al verla caer, corrió a ella, algo lo detuvo con una fuerza increíble y pudo sentir una bofetada caerle en el rostro. Quedó sorprendido al saber que un frío infernal había traspasado su cuerpo. Tardó varios segundos en reponerse de esa sensación. Abby gateó con dificultad a los brazos de él cuando Gerald se inclinó para socorrerla y se abrazó a él.

—Gerald, no sé qué hacer.

—¿Qué fue eso?

—Esa es la razón por la que no he podido estar con nadie.

—¡No hay nadie aquí! —dijo tratando de entender de dónde vino esa fuerza que lo congeló al instante.

—Soy media unidad y a veces no puedo controlarlos —dijo llorando en su hombro.

Era preciso sincerarse al momento, pero la ira de Raquel no cesaba. Ambos salieron de la casa desnudos rumbo al patio mientras los objetos volaban tras ellos. Los vecinos se asomaron para ver los floreros en el aire dando contra las columnas de la casa. Gerald, le sirvió de escudo humano.

—¿Qué es eso? —preguntó Gerald topando sus partes íntimas.

—No te asustes demasiado. Podemos resolverlo. ¡Es Raquel!

Cap. 7

En el asilo doña Ketshy vio a la muerte entrar y humear cama por la cama. Tomó su papel y lápiz luego de darle cuerdas al reloj. Se llevó a doña Amparo y con el alma de ella en la mano le preguntó por ella.

—Si me dices dónde está, te dejo vivir más tiempo —dijo Enid mirando a la señora a los ojos.

—No sé quién es Ketshy, cuando se está encamado y recibiendo alimentos por un tubo no se ni cómo yo me llamo. Solo vámonos de aquí ya. Estoy harta del cuerpo, del dolor, la soledad y la miseria de mis recuerdos. No quieras ponerme condiciones. No sé quién es —dijo la mujer abrasándose al cuello de la muerte porque su espíritu también estaba frágil y apenas podía dar los pasos.

—Ya no te tienes que agarrar de nada. Puede correr si quieres —dijo la muerte soltándola en lo que tomó la confianza de darse cuenta que ya todo el

sufrimiento había pasado.

La muerte levanto la mirada y entró a cada una de las otras habitaciones vociferando el nombre de la más hábiles de las mortales que tan en ridículo la había hecho sentir frente a los superiores.

—¡Escúchame bien mal nacida! ¿Cuándo vas a dejar tu rol de activista política? Cada año que pasas evadiéndome agrava tu perdón. ¡Cierto que me haces lucir incompetente! En su día tendrás que rendirte señora, porque te verás como una espantosa bruja con la piel pegada a tus huesos. Debes estar en este asilo, porque jamás mi intuición falla. ¿No estás interesada en volverte a reunir con tu hijo?

Esa pregunta la hizo sentir conmovida. Claro que deseaba ve a Euleam. Lo deseaba ver con toda su fuerza, pero aun tenía cosas por hacer. La novela del mediodía estaba en su punto culminante y aún no le traía Abby la adivina su botella de vino blanco. Impediría la muerte de Abby como última medida de solidaridad con los humanos. Ya que estaba enterada de la verdadera procedencia y las hostilidades divinas, supuso que el supremo sabría perdonarla una vez concluyera sus rabietas.

La Muerte se resignó y se llevó al entonces espíritu juguetón de la recién difunta quien empezó a bailar cuando descubrió que ya no había dolor en las articulaciones.

Doña Ketschy siguió escribiendo en su diario y puso nueva mente en el título: La muerte volvió a visitarme.

*

Abby y Gerald acabaron en la estación del metro envueltos en papel de periódicos. La rabia del fantasma de Raquel, no les dio oportunidad de buscar su cartera, llaves de vehículo ni ropa decente para ir a la calle. Terminaron forrados de noticias de posibles guerras nuevas en el mundo y las personas pensaron que se trataba de un modo de protesta. De hecho, los jóvenes también tomaron papel de periódico y se pararon detrás de ellos a unirse. Se trataba del profesor Gerald en una de sus protestas por los derechos humanos.

—¡Es cierto lo que dice esta protesta! ¡Basta de muertes! —gritó un chico bajándose los pantalones y usando del taparrabo la cara del Presidente de turno.

—¡Basta de armas de destrucción masiva! —dijo una chica dejando sus bustos al aire para gritar que deseaba paz en la Tierra.

Lejos de imaginar que causaría una respuesta social tan genial. Decidieron entregarse al momento a la confusión de las verdaderas causas de su desnudez. No tardaron en nacer las consignas.

—¡Luchas sí entrega no! —entonó uno y todos comenzaron a gritar con él.

Luego cantaron consignas originales y hasta alteraron la lírica del himno nacional.

Que cabrones son todos,

los que suben al gobierno.

Dicen que harán el bien y resulta que no.

Siempre quieren robarnos,

para luego matarnos.

No hay ninguna lealtad que no sea a sus bolsillos.

Y la gente anda normal.

Creyendo que todo cambiará

Y resulta el mismo engaño

Generaciones tras generación.

Es una vergüenza nacer

en la tierra que otro hace caer.

Si me busca la muerte es mejor que salga de aquí.

Es mejor morir de amor

Que obligado a los conflictos.

Y allá en Medio Oriente aún siguen matando niños.

Si me da por escoger.

Prefiero ser un animal.

Porque ellos matan por comer

y nunca por robar.

En efecto ese himno de la gran nación le pareció mejor lírica dado a los actos atroces que la historia había registrado. Ese asunto de la realidad del mundo, hacía a muchos huir de la vida por medio del suicidio o la apatía que era como resignarse a morir en la vida sin necesidad de escoger bandos. Ese paréntesis le hizo recordar a Abby lo lejos que estaba de la vida real dado a sus dones. Olvidarse de los conflictos terrenales la hizo una persona más pura y libre de ataduras materiales. Lejos a que no le faltaba nada, tampoco le sobraba el deseo de ser más que otro. Lo simple ya le era demasiado urgente y ahora que estaba a punto de lograr tener el primer novio de su vida, era pertinente disfrutarlo una vez pudieran contrarrestar la incontrolable furia de la difunta.

Al lograr correr a casa de Hada Smith. Entraron al círculo. Pero a Abby se le olvidó que entrar al círculo con la pareja era un paso mayor. Hada no se lo pudo recordar porque ya estaban dentro y en las respectivas reverencias. Los ungió con lluvia sagrada y los alaridos de Raquel infestaron el lugar solo Hada y Abby oyeron el grito que pegó al viento. Hada nunca había visto a un

espíritu tan descalibrado. Hada supo que Raquel fue extirpada injustamente de su vida.

—¡Es un caso de agresión espiritual! No eres el tiempo. La muerte se equivocó con ella Abby —dijo Hada subiendo el fuego blanco para atraparla.

Un espantoso monumento de fuerza quedó en el anillo. Luego solo el llanto de una mujer desesperada querido abrazar a su esposo.

—¿Cómo se llama la esposa?

—Raquel Simone. Te oímos, mejor si no gritas. Podemos oírte y verte. Podemos guiarte y dar tu mensaje —propuso Hada mientras el fantasma recuperaba el semblante.

—Él no puedo verme ni oírme. Yo no quiero estar muerta. ¿Por qué morí? Yo no quería. Tenía planes y deseos de tener hijos. Yo querías disfrutar de mi matrimonio, ser esa persona feliz que se supone fuera. Hice todo bien. Me alimenté bien, me educé, fui buena hija, buena esposa, compañera, amiga. ¿Qué pasó? ¿Por qué morí y lo dejé solo?

Raquel se inclinó ante su esposo para verlo a la cara.

—¿Ya me olvidaste amor?

—Claro que no te ha olvidado y no pretendo que te olvide Raquel. Es solo que ya ha pasado mucho tiempo desde la última vez compartieron en vida. Tu presencia en la casa y en todos lados le hacer daño. Tienes que ir a la

luz e ir sin miedos —dijo Abby con temor.

El fantasma de Raquel se puso de pie y le gritó atrocidades.

—¿Desde cuándo te interesa mi esposo? En este pueblo la felicidad ajena es solo una forma repartir la envidia por doquier. Yo siempre supe que de lejos envidiaban nuestra felicidad y la estabilidad de la relación. Siempre me vieron como una intrusa en su vida porque él es menor que yo en edad. Dile a todos que no morí de vieja. Morí tratando de ser esbelta, radiante, espectacular y solo para Gerald. Mi Gerald, ya se ve hasta mayor. Habrá llorado atrocemente. ¡Él es el amor de mi vida! No me pida nadie que me vaya y que lo deje ir —Raquel lloraba frente a Gerald suplicando que la escuchara.

—Amor mío. ¿Nunca te enojaste conmigo? No sé que pasó ese día — Raquel miró a las media unidades —¿Ustedes me oyen? ¿Por qué él no puede oírme?

—Podemos ayudarte a cruzar para que encuentres alivio y puedes entender mejor el proceso.

Raquel se pone posesiva y frenética. Es un alma aferrada, llena de celos y desesperación.

—Siempre puedes volver Raquel —dijo Hada Smith con voz firme — tu apego alarga el proceso. Ve a la luz y date la oportunidad.

—No me iré sin Gerald —la fantasma se aferró a él y lo hizo tiritar de

frío.

—¿Qué está pasado? —se preguntó el al ver su aliento condensado.

—Raquel está aferrada a ti —dijo Abby con decepción.

—¡Míranos! —le ordenó Hada al fantasma.

—¡Usurpadora, te quieres quedar con mi esposo! —dijo Raquel tratando de tocarle la mano. No lo alcanzaba y se desesperó al no poder tocarlo.

Abby se acercó a Hada con temor.

Gerald alzo la vista solo para apreciar una pequeña luz ante él. Sonrió cuando la vio brillar.

—¿Es Raquel? —Gerald poniéndose de pie para alcanzarla y sin importarle mucho estar vestido con papel de periódico acaricia la luz — Amor, lo siento tanto. Te he echado mucho de menos. La luz brilló con fuerza frente a él.

Raquel se dirigió a ellas. Más sosegada.

—¿Qué fue lo que me pasó? Quiero que Gerald me lo explique.

Abby caminó hasta él traduciendo el mensaje. Entonces el se sentó en medio de la estrella a revivir los hechos.

—Ella ¿puede oírme?

—Dile que fuerte y claro. Que me diga cómo fue mi muerte. Yo no recuerdo nada —aseguró Raquel al tiempo que Abby le indicó eso mismo, pero Gerald hubiese preferido no revivir ese día.

De las pocas veces que Enid disfrutó ver a los humanos como si la vida fuera peces decorativos. Allí estaba en la cama junto a Gerald y se tomó la libertad de acostarse junto a él valiéndose de su omnipresencia. Él leía el periódico plácidamente y Raquel se sentó encima de su pelvis para interrumpir su lectura con la locura de su cariño.

—¿Qué está pasando en el mundo? —Raquel tocó la hoja electrónica para leer el horóscopo mientras Gerald seguía leyendo lo que tanto le interesaba de deporte. El periódico era un pedazo de plástico liviano y luminoso que podía ser entretenido leerlo entre dos. Algo tan común a finales del siglo 21.

—¿Vas a hacer ejercicios hoy? —preguntó cuando se sintió invadido por la presencia de Raquel.

—Más tarde, luego de desayunarte —respondió ella poniendo la mano debajo de la sábana para capturar toda su atención.

La respuesta de Gerald fue inmediata. Dejó el periódico caer en la cara de Enid quien estaba al lado de la cama observándolo con desdén, mientras Raquel lo poseía con su sensualidad de mujer enamorada.

—No salgas a las cinco de la mañana a hacer ejercicios. Mejor quédate en la cochera. Ve a la trotadora y haces lo mismo que en el parque.

—Gerald deberías dejarte de vagancias e ir conmigo. Así vemos el amanecer juntos, desayunamos en esa cafetería y después volvemos acá, nos duchamos juntos, vemos una película y nos quedamos de vagos viendo una película.

—¡Me encanta tu agenda! —dijo Gerald besándola incansablemente.

Luego de la ardiente sesión de amor, fueron juntos al parque, trotaron media cuadra mientras Enid los seguía a paso lento sin tener que esforzarse igual porque flotaba en el aire.

—Mi amor, nosotros hemos logrado tanto juntos. Ambos tenemos el empleo en lo que estudiamos, tenemos la casa de nuestros sueños, buenos salarios, salud; nos falta o una mascota o un hijo —dijo Raquel mirando su reacción de reojo.

—Me gustan la idea de un perrito —dijo con tono seco.

—¿Y la de?

—Un hijo requiere olvidarnos del orden que tenemos, podría babear mis apuntes, romper mi concentración cuando estoy redactando las investigaciones y me ocuparía demasiado las neuronas porque no podría dejar de perseguirlo y darle tantos besos y dejaría que hiciera lo que le diera la

gana. Sería un malcriado o malcriada y no dejaría de comprarle juguetes.

—¡Caramba, pues me gustaría ser más tu hija que tu esposa! —dijo con una sonrisa.

—Lamento que no tuvieras una infancia equilibrada. A veces pienso en todo lo que viviste cuando niña y me afecta no haberte socorrido.

—Mi infancia cumplo con olvidarla. Me basta con ser feliz ahora mismo junto a ti. Si tengo la oportunidad de ser madre, seré mil veces mejor que esa gente que me trajo al mundo. Lo mejor es olvidar los momentos menos gratos de la vida —dijo apretando el paso. Como si deseará huir de eso recuerdo —. Cada vez que pienso en esas palizas quiero correr con todas mis fuerzas de eso recuerdo.

—No vayas tan rápido —Gerald trató de detenerla en la pista, pero corrió tan rápido que al concluir la vuelta cayó rendida en la grama con una fatiga crónica.

—¡No debes hacer eso! —dijo tirándose a su lado en espera de que descansase lo suficiente.

Una repentina sed. La hizo tomarse la botella de agua de súbito y sin tomar aire. A los pocos segundos cayó muerta. Gerald pensaba que bromeaba y la dejó en paz, hasta que se fijó que sus labios se pusieran blancos y no respondiera a las formas que tomaban las nubes que pasearon por el

firmamento.

—¿Raquel? — se sentó a su lado y vio que no respiraba. Entonces con desesperación trató de reanimarla con resucitación cardiovascular sin lograr que respondiera —¿Qué te pasa Raquel? —insistió repetidas veces mientras gritaba auxilio y miraba a ambos lados. Le sintió el pulso frágil y al ponerse de pie para marcar por asistencia médica. Enid lamió su mejilla y la sacó de su cuerpo para dejarla dar vueltas ilusas por la pista sin que se percatara de su muerte.

El certificado de defunción no encontró otro término que muerte súbdita. Realmente fue letal tomar agua fría para su sistema y sufrió una torcedura en el estómago. Nunca Gerald supo entender cómo una mujer saludable y feliz fue capaz de morir de forma repentina.

El espíritu de Raquel estaba devastado de saberse desconectada de la vida. Se sentó junto a su esposo y trataba de abrazarlo solo para frustrarse más en las desventajas de haber abandonado el mundo físico. Maldijo a la muerte porque estaba segura que no era el tiempo de morir. Hada bajó los niveles del fuego blanco y Raquel desapareció de su vista.

—¿Qué irá a pasar con Raquel? —preguntó Gerald con preocupación.

—Le tomará tiempo —aseguró Hada y camino a buscar dos batolas negras para que se vistieran.

Tanto Abby como Gerald olvidaron por completo que estaban vestidos con hojas de papel.

Gerald y Abby caminaron tomados de la mano por la acera vestidos con la batola negra que le dio Hada Smith. Aún ella no le había dicho sobre su otro gran inconveniente con Enid. Él pareció no haberle dado importancia a la despampanante mesera. Consideró pertinente no mencionársela. Esa parte de la guerra debía resolverla ella misma y creyó saber cómo desarticular sus intenciones de sacarla del mundo. Olvidó por completo ponerse el calzado que traía el polvo preventivo para que la muerte se tardará en encontrarla. La felicidad de estar tomando la mano de Gerald la hizo bajar la guardia con el asunto. Hasta lo olvidó por completo.

Más le preocupó el estado de ánimo de Gerald. Estuvo eufórico con el asunto de haberse comunicado con Raquel y saber que era un espíritu atormentado. Sumar otra preocupación, lo consideró inapropiado. La lluvia los sorprendió por el camino, rumbo a la casa de Abby, terminaron corriendo por las aceras hasta llegar y toparse con la puerta de la casa abierta.

Inmediatamente retomaron sus prendas de ropa del suelo y pusieron orden a los objetos que el espíritu de Raquel sacó de lugar.

—Toda mi vida he estudiado fenómenos paranormales. Nunca pensé

confirmarlo de manera tan directa. Me siento muy mal por ella —dijo al barrer los vidrios de varios jarrones del suelo.

—Nunca había tenido tanta hostilidad con uno. ¿Ella era tan intransigente cuando estaba con vida? —preguntó poniendo las fotos en su lugar.

—Era celosa. Siempre pensó que alguna de mis estudiantes fuera a seducirme con tal de obtener una buena calificación. Yo tampoco le daba motivos de celo ni era de andar con engaños. Contrario a otros hombres, me da tranquilidad la vida sedentaria en esos aspectos.

—Sé que puedo creer lo que me digas —dijo caminando hasta el a darle un beso. Al mirarlo de cerca, notó una herida en el entrecejo.

—¿Qué te pasó en la frente? —dijo posando el dedo sobre una aparente marca de quemadura.

Gerald caminó al espejo y notó la marca con detenimiento. Entonces la laceración le empezó a doler.

—No recuerdo haberme caído —al tocarla le empezó a arder.

Abby lo tomó de la mano para ir al botiquín juntos por una pomada. Justo en ese momento Gerald, quedó paralizado frente al espejo cuando Enid se paró detrás de Abby a susurrarle al oído que ya era su hora de partir.

—Solo sigo las instrucciones Abby. Ven conmigo y deja el rodeo —

Abby caminó al botiquín e hizo que la muerte se viera reflejada al espejo y desapareció de inmediato. Entonces corrió a la sala a buscar el calzado que contenía residuos del polvo y se lo puso de inmediato.

Enid apareció nuevamente frente a ella.

—¡No sé cuál es el capricho de desear que acabe mi vida, pero debo aferrarme a ella porque por primera vez estoy viviendo algo especial!

Gerald se sintió horrorizado al verse solo en el baño cuando apenas unos segundos Abby estaba junto. Corrió a la sala y al ver a Enid se sorprendió. Supuso que se trataba de una visita inesperada. Sonrió muy soso al encontrarla frente a Abby.

—Gerald, que sorpresa. No tenía idea de que su relación fuera tan en serio —dijo mientras se sentó en la butaca de la sala —Abby se ato de manos con él y Enid los miró con decepción.

—¿A caso ustedes son amigas?

—¡Muy amigas! —dijo Enid con una sonrisa entre los labios —. Yo solo quería que me leyeran las cartas del tarot, pero a Abby es mejor pedirle cita. No sabía que estaba de vacaciones. No quiero importunar. Vengo tal vez mañana o pasado. Es que quiero saber mi destino...

—Enid, es inesperada como el destino mismo. Dame al menos una semana. ¿Serías tan amable de tener esa cantidad de paciencia? —dijo

abriendo la puerta con seguridad en sí misma.

—Me encantan tus zapatos. Me imagino que te los dio tu maestra — dijo al reconocer que sus pies estaban sumergidos en talco sagrado.

Enid supo que eran ciertos el peligro que representaba el conocimiento a los intereses supremos, pero no era nada sencillo enfrentar a un espíritu avanzado. Le pesó darle otro sufrimiento a Gerald quien no estaba muy en claro sobre la presunta relación que llevaba con Abby. No había que dar explicaciones para cumplir con su deber, pero llevaba en su contra el error de haberle quitado a Raquel su turno de vida, cierto sentido de culpa la hizo retroceder y concederle el espacio de otra semana. Otra vez la terrible simpatía por Gerald la hizo darle prorrogas a Abby. Enid caminó con pausa hacia la puerta y Abby no escatimó en cerrarla con prontitud. Se descalzó y roció un poco del talco en la entrada.

Al bordear atrás Enid estaba tras ella y la sostuvo del cuello. Se retractó de las consideraciones al saber que el supremo no le perdonaría otro desliz.

—No seas tonta Abby, ya no puedo sentir misericordia —dijo rodeándole el cuello con sus dedos huesudos. Ella dio unas patadas a la puerta para llamar la atención de Gerald, pero no la escuchó. Al ir perdiendo el oxígeno, vio el reloj de su vida y se dedicó a soportar la falta de aire y alcanzarlo.

Cap. 8

Los recuerdos de infancia comenzaron a divagarle por la memoria y otra vez volvió a toparse con la figura de su padre. Corrió a sus brazos y él la abrazó dando giros de felicidad al verla.

Enid estaba mirando la escena con una sonrisa.

—Puedo devolverte todas las emociones perdidas y tú resistiéndote.

Abby niña la miró con inocencia y abrazó a su padre con todas sus fuerzas.

—Fue bueno verte papi, pero tengo que luchar —Abby se soltó de sus brazos y caminó hasta Enid.

—No quiero irme. No es mi culpa la fuente de mi conocimiento —seguido perdió el miedo para convertirse en adulta y enfrascarse en una lucha cuerpo a cuerpo con la muerte.

—¿Qué haces? —cuestionó Enid al forcejear con ella.

—Mi voluntad y el ejercicio de mi albedrío —sostuvo golpeándola mientras salía a un desierto rocoso mientras Abby le daba golpes en la cara a la muerte.

—¡No te resistas! No debes ir contra la orden.

Abby amparada de aferramiento a la vida se defiende sin poder contra

la vil fortaleza de Enid que la detuvo con una sola mano. Entonces por la espalda el espíritu de Raquel la sorprendió y le quitó el reloj de la vida de Abby a la muerte. Ambas quedaron petrificadas cuando Raquel lo obtuvo y le dio cuerda.

—¿Qué haces? ¡Devuelve ese reloj! —instó la Muerte con voz autoritaria.

—¡No era mi tiempo de morir! ¡No quiero estar muerta! —Raquel pateó a Enid con toda su furia y toma a Abby del brazo para levantarla del suelo y hacerla correr al portal de la vida.

—¿A dónde vamos? —dijo mientras el espíritu de Raquel se la trepa al hombro para correr con ella a la salida.

—¡Cierra los ojos! No moriremos ni tú ni yo.

Raquel pasó por el mismo centro del infierno para tomarlo como atajo. Abby vio de reojo el infernal escenario de almas desoladas que gritaban sus tormentos. Raquel la sostuvo con fuerza por las piedras del lago de azufre y abrió una puerta que la condujo a un desierto. La puso sobre la arena y Abby miró a su alrededor sin comprender donde estaba.

—¿Dónde estamos?

—Estas en una ambulancia rumbo a un hospital —dijo Raquel mirando el horizonte—. Solo quiero estar con Gerald hasta la vejez. Lo amo mucho y

no sé qué hacer con mi espíritu. Solo tú puedes ayudarme Abby.

—No sé cómo. Nunca había pasado por esta experiencia. ¿Qué lugar es este?

Miró que en esencia era uno baldío y el sonido del viento era la música en todo el horizonte.

—Este es el borde de la existencia. Tu cuerpo está entre la vida y la muerte —dijo Raquel mirando su reloj y se lo quitó para ponerlo en la muñeca izquierda de Abby —Gerald vale la pena lucharlo. Quisiera tanto ser tú por un momento. Solo para despedirme.

—No soy como las demás personas. Creo que sé de qué se trata todo esto Raquel.

—¡Enid ama a Gerald! Nosotras somos su obstáculo. Ella lo mira como si el fuera su propia escultura viviente. Está obsesionada con él.

—¿Cómo puedes estar segura de eso?

—Ella estaba entre nosotros desde siempre. Estuve ahí en la cafetería el día que se conocieron. Ya conocías a Gerald hace tiempo. Incluso te conocí antes que a mí. Tropezaron en un concierto cuando eran adolescentes. Luego él fue el buen samaritano que cambió tu neumático en el expreso aquella noche lluviosa en la que nos detuvimos a socorrerte. Yo estaba en el auto viendo a mi hombre ayudarte. Luego fui a tu consultorio y me leíste el tarot.

Fui una de las tantas personas que consultaste al inicio de tu carrera. No te acuerdas de mí, pero yo sí de ti. Gerald no se perdía tus predicciones televisadas. Ya lo conociste muchas veces. Tropezamos en los centros comerciales contigo, y yo incluso, te pedí un autógrafo para él. Estábamos siempre en los detalles que olvidaste. Tal vez fui yo la que te robé el destino. No deben estar juntos porque él tiene una información que combinado a tu conocimiento cambiarían la lógica del mundo.

—¿Cómo sabes todo eso? —dijo tomándola de la mano.

—Soy un espíritu después de todo. No estoy conforme con la muerte. Aún tienes un cuerpo que puede recibirte y ya tienes el reloj de tu vida. Te ayudaré a cruzar y cederé al tormento solo si me juras que amarás a Gerald tanto como lo amé y lo amo.

—¿Qué pasará contigo? Estoy segura que ayudarme a cruzar traerá consecuencias graves para ti.

—Ya pasó lo peor. Estoy muerta y me siento demasiado muerta como para intentar prevalecer en esta lucha por su amor. Ya pasó mi tiempo y me toca aceptarlo. No quise ver la realidad porque solo escogí ver lo que necesitaba ver. Enid, me sacó de la ecuación sin tomar en consideración el amor tan grande que nos tenemos.

—Raquel, jamás me perdonaría saber que por mi culpa tu alma vive

atormentada.

—Abby, mi alma es Gerald.

Un tornado se avistaba al frente de ella Abby se inquietó al ver el monstruo de arena que se armaba en la distancia.

—¿Qué es eso? —repuso aferrándose a ella.

—No temas. La parte más insoportable la dejamos atrás. Estamos a la espera de que el portal se habilite. Correremos y llegarás a tu cuerpo.

—Aún no me haz dicho que pasará con tu alma Raquel. ¿Quieres venir conmigo? No me importa que vivas dentro de mí. ¿Puede ser eso posible?

—¿En serio? ¿Crees que podríamos burlarnos de eso modo?

—Podemos intentarlo. Es lo menos que puedo hacer. Creo que nunca nos sentiríamos solas y Gerald estaría feliz de recuperarte.

—¡Eres hermosa Abby! ¿Serías capaz de alojarme dentro de ti solo por hacer feliz a Gerald? ¡Es impresionante! —Raquel sonríe y la abraza fuerte hasta fundirse en un solo espíritu.

Ambas ríen al sentirse como una sola alma sólida con dos voces.

—Es extraño, pero me siento fuerte Abby.

Ahora convertidas en una sola alma corren al tornado y saltan al vacío.

Abby abre los ojos para toparse en el hospital y junto a ella ve a su madre. Quien al verla reaccionar llora de emoción.

—¡Mi niña! Me haz dado un susto increíble.

Abby recibe la mano se su madre que la mira a los ojos con asombro.

—Te ves hermosa hija. Demasiado hermosa —doña Iris le besa la frente y Gerald entra a la habitación tan pronto escucha voces en el cuarto.

—Abby, ¿estás bien? Me haz dado un susto terrible. Los médicos aún no saben que tienes. Dicen que deben hacerte exámenes —Gerald la mira a los ojos y un amor irracional se le despertó en el alma. Al fin se sintió completo al verla más hermosa que nunca.

Abby se sienta en la cama con la fascinación de ver los colores de la vida con más luz y toma la mano de Gerald para fundirse en un abrazo sólido a pesar de estar conectada al suero y sin explicarse de dónde había salido el reloj de su muñeca. Izquierda. Abby hizo un gesto de discreción y le dio al oído a Gerald que le explicaba después.

El propio espíritu de Raquel rebosaba de felicidad al volver a sentir la mano de su esposo. Estaba emocionada de estar de regreso a la vida. Era pertinente asumir el silencio dentro de ella, para evitar confusiones. Solo con estar viviendo otra vez agradeció llamarse Abby mil veces a llamarse Raquel la difunta. Airada en plenitud aceptó consagrarse a ser feliz y vigilar el reloj

de la vida para aprovechar el regalo de una segunda oportunidad.

Los relámpagos cayeron en la Tierra cuando la fuerza suprema llamó a capítulo a la muerte.

—¡Enid! —fue el grito que retumbo en el centro del cielo a modo de rayo.

La muerte se puso de pie para ser amonestada y doblegada a la vergüenza del coro de voces que le acusaron de negligente. Se arrodilló en el suelo y vio al Supremo frente a ella dando gritos de reclamo sobre su torpeza. Ella no supo qué decir al momento y dejó que los regaños se volcaran hacia a ella bajando la cabeza con humildad.

—Ve por doña Ketschy y tráela a mi presencia —fue la orden del Supremo.

—No logro verla entre la gente.

—Lograste ver a Enid.

—La vi solo porque Gerald la marcaba, esas brujas que dejaste nacer en la Tierra, tienen elementos sagrados que confunde mi tarea señor. Si vamos a señalar responsables, permita que diga lo señale a usted mismo.

El supremo lanzó un rayo a sus pies y Enid volvió a su forma humana a

ripostarle.

—Ya que tenemos esta conversación, permítame decirle que estoy harta de que los humanos me aborrezcan. ¿Por qué existo? Ahora estoy como ellos soportando injurias y hostigamientos. No se supone que yo tenga este sentimiento de impotencia reinándome. Mi deber debe ser cumplido y ya, pero lanzar tantos genios espirituales a la vida ha complicado mis gestiones oficiales de muerte. Usted señor lo creó todo con un fin y el fin siempre debo ser yo. Se ha fugado un alma y no me hago responsable de esa fuga.

—Abby, es un factor fuerte. No puede ser que sea más fuerte que tú. Sin embargo, a Raquel no le correspondía morir y te encaprichaste. ¿Por qué hiciste eso?

—Algo extraño ocurre cuando me visto de humana Señor. Algo que es imposible dominar. ¿Qué quiere que haga ahora? Acepto mi fracaso por completo. Debería relevarme de mis funciones y lanzarme como punto negro al espacio. Estoy colmada y sé que merezco una consecuencia —dijo la muerte dispuesta a lanzarse ella misma al vacío.

—Yo soy el que decide. Ve por Ketschy, dile que ya escribió bastante y se le solicita. Esa alma ya ha traído demasiado desequilibrio.

—¡No quiere morir! Le aviso que Abby tiene su propio reloj de vida y se llevó a Raquel para que viva dentro de ella.

—¡Es un desastre y una noticia espantosa para el orden! Esas almas se han desordenado.

—No tengo idea de cómo resolverlo. Tal vez en eso ya no valga la pena tener emisarios. Esas mujeres brujas de la superficie de la Tierra deben ser contrarrestada directamente por quien las creó. No tengo poder ni más paciencia para ir tras ellas.

—Haz fallado. No pudiste cumplir con el tiempo.

—¡Recriminarme es fácil! Mi sugerencia es que controle las almas — dijo la Muerte con tono autoritario.

La primera parada luego de salir del hospital fue al asilo de ancianos a llevarle una botella de vino blanco a doña Ketschy. Ella se alegró tanto de ver a Abby y conocer a Gerald.

—Buen mozo este muchacho —dijo plasmándole un beso a Gerald en la mejilla.

—¡Es increíble conocerla doña Ketschy! Abby dijo que amaba el vino y le traemos tres botellas.

Gerald no escatimó en descolchar una de inmediato. Ketschy se maravilló al notar que Abby logró obtener el reloj de la vida.

—¡Lo lograste! —dijo con su sonrisa mellada y en susurro le dijo que le diera cuerda.

Brindaron por la felicidad y la larga vida juntos.

—Niña, eres mi heredera y con este vino espectacular, tengo que decirte que me honran con su visita. ¡Brindo por ustedes! —doña Ketschy le señaló una caja —Eso es para ti. Te regalo mis escritos más preciados para que sepas lo mismo que yo.

La pareja se deleitó con las anécdotas de la centenaria. Era un día soleado y las flores de los jardines recién había abierto los capullos. Gerald sintió un cariño especial por la vieja por la brillantez con que narraba su vida. Nada cambió en ciento veinte dos años. Según su óptica del mundo, nada era capaz de quitarle a los humanos sus pasiones enfermizas por el conflicto, odio y desintegración de ideales. Todo era una lucha de poder, una forma de control sobre el otro. Era recomendable aislarse para tener una vida real dentro de la inconsciencia de los demás.

—Ustedes tienen el turno de vivir y cada día es una dicha solo si se intenta ser dichosos —sostuvo y extendió la copa para brindar por la voluntad humana por encima de cualquier destino.

Una vez calló la noche doña Ketschy siguió tomando las otras botellas que le regalaron. Miró el reloj de reojo y antes de dar cuerda. La voz de su

hijo la sorprendió de espalda. Era Euleam a sus veinte años, lleno de luz y con esa mirada cálida que la derretía.

—Madre, te estoy esperando. Una cosa es que te aferres a la vida, pero no puedes aferrarte a la soledad. Debes venir y dejar que se cumpla el proceso espiritual. La muerte no puede verte, pero yo sí —dijo quitándoles el reloj de la muñeca sin que ella pusiera resistencia.

—¿Qué tal es morir? Solo sé de la vida hijo. Ahora que te apareces los demás me ven hablando contigo y ya creerá que estoy senil.

—¿Le diste tus escritos a tu amiga?

—Sí, ella sabrá que hacer con mis investigaciones. Su novio es profesor y ya todo este esfuerzo valdrá la pena.

—¿Vienes conmigo? —dijo el chico extendiendo su mano para ponerla de pie.

—Sí, ya estuvo bueno de vacilón. Te eché de menos por muchos años.

—No es tan malo madre. Ya sabes que es solo un ciclo. Mi alma sin ti no se las sabe arreglar tan bien.

—¿Cómo quiera iré al infierno? —meditó y tomó el reloj de la mano de espíritu de su hijo para rodar el reloj por treinta segundos —Dios, perdona mis travesuras y pecados. No me resigno con ser tu marioneta, pero te pido perdón para que recibas mi alma después de todo y sin que me guardes

rencor. Este es tu mundo, yo solo quise mejorarlo porque la muerte me parece la peor de tus ideas. Recíbeme y empecemos de nuevo.

Euleam, conociendo los temores a la muerte decidió tomar a su madre de la mano con la certeza de que no se volviera a escapar y al fin la cruzó. De la mano de doña Ketschy cayó la copa en la madrugada. Murió con altos grados de alcohol en la sangre y con su sonrisa desdentada adornándole la cara con esa burla natural de haber hecho su voluntad por ciento veintidós años. El sonido de la copa rota alentó a las enfermeras quienes al descubrir el cuerpo lo enderezaron y se sirvieron del vino restante de la botella para brindar por el vuelo de un alma tan único como la de doña Ketschy que prohibió las lágrimas y ordenó hacer una fiesta poética en su honor porque era una de esas mujeres que no se dejó vencer por la tristeza jamás. Cumplió con la meta de terminar de ver su novela de las doce del mediodía y beber vino blanco hasta entrada la madrugada murió a la hora que quiso y fue recogida por su propio hijo que no tenía la cara de Enid que tan mal le caía por abusar de sus poderes al darle muertes horribles a la gente que ella más había querido en su vida. Las enfermeras juraron recordar a doña Ketschy he incluso sacaron un selfi con su cadáver sonriente porque tenían instrucciones de subir esa imagen como la última en sus redes sociales. Al día siguiente la noticia de que la mujer más vieja del mundo había fallecido ocupó los titulares de varios periódicos.

Euleam escoltó a su madre ante Enid y le entregó el reloj. La vieja no escatimó en acercarse a ella y pasarle su lengua en la mejilla a modo de burla. Seguido, toma la forma de su apariencia a los cuarenta años cuando se supone era su tiempo de muerte.

—Lamento haberte causado serios dolores de cabeza Enid. Es que use muy bien mi libre albedrio.

—No guardo resentimientos doña Ketschy, usted procure abogar bien por su alma. Repartió información privilegiada a los mortales y no me corresponde a mí juzgarla.

—Enid, se que estás harta de ser la muerte. Debe ser un cargo abominable. Yo considero que estar en su lugar debe ser atroz y el peor castigo.

La Muerte se deshizo de su atuendo y los tiró encima de doña Ketschy hasta hacerla prisionera de la túnica y sufrir una dolorosa transformación. Euleam trató de salvarla.

—¿Qué le haces a mi madre? —cuestionó Euleam ante la rebelión de la muerte quien prefirió convertirse en un hoyo negro y transferir su cargo.

Un implacable grito se escucho en el portal de la muerte. Ketschy pasaba a convertirse en la buscadora de almas y fue sitiada para recibir instrucciones.

—Hola Ketschy, nos alegra contar contigo para esta gran tarea de crear

balance.

—¡No quiero ser la muerte! ¡Nooooooooo!

Dentro de las definiciones de los seres humanos la palabra fin toma muchas connotaciones. Escapar de la voluntad suprema es imposible. Asumir un rol divino tampoco es posible dentro de la exigencia. El alma aprende a acatar ordenes. Ahora en su nuevo atuendo enfrente la realidad de su castigo y Enid la liberación de ser aborrecida. baA Ketschy no se le ocurrió peor infierno.

Su primera asignación fue ir por Hada Smith, quien estaba en el círculo de cuando ella apareció. Ante el primer reto de llevarse a un alma de avanzada. No estaba de acuerdo en interrumpir sus meditaciones. Se sentó a esperar con paciencia que bajara las llamas y con total disgusto, paseó su lengua por la mejilla de esta. Seguida tomó el alma y pidió disculpas.

—Lo siento Hada.

—¿Quién eres?

—Soy la nueva muerte, odio este castigo, pero parece que me lo merezco por todo lo que me rehusé a morir.

—¿He muerto? —preguntó llena de una rara emoción.

—Sí Hada, ya y gracias por no resistirte, es la primera alma de mi carrera.

Hada Smith encontró fascinante su ascunción al cambio de plano.

Ya tanto Abby como Gerald iban a los funerales con total naturalidad. Había estudiado las notas de doña Ketschy y ese conocimiento fue transcendental para su bitácora. Abby estaba feliz junto a Gerald y no se acordaba de la fusión espiritual que hizo con Raquel. Ambas se acoplaron dentro del cuerpo de modo que no se interrumpieron.

La plenitud estaba presente y la felicidad era fluida. Se abrazaron conformes con saber suficiente sobre la procedencia de las almas y la partida dejó de asustarles. Entendieron que el conocimiento era arma y herramienta del mismo modo. Así que la utilizaron para ayudar a las personas a sobrellevar las pérdidas y ha entender que el proceso espiritual no era tan complicado como pareciera. Estaban conformes con el día a día.

Se casaron y viajaron el mundo dando conferencias sobre el proceso de la vida y la muerte. Fue tan maravillosa la vida juntos, que más de una persona envidió su afinidad. Tuvieron dos hijas hermosas y un hijo varón a los que adoraban. Abby al mirarse al espejo podía ver a Raquel en sus ojos dándole las gracias por una segunda oportunidad de vivir.

FIN

